

“HACED ESTO EN MEMORIA MÍA”

Lc 22,19

2017



© Arzobispado de Valencia, 2017

Edita:
Arzobispado de Valencia

Diseño y producción gráfica:
Medianil Comunicación
www.medianil.com

Portada:
Misal Romano - Tercera Edición
(Conferencia Episcopal Española, 2016)

SUMARIO

04	Carta del cardenal Cañizares
22	Presentación
26	Antes de empezar a caminar. Aspectos previos
30	Reunión 0. Presentación de la tercera edición del Misal Romano
38	Catequesis
38	1. El lugar de la Eucaristía en la vida cristiana
50	2. Presencia de Cristo en la Palabra y en la Eucaristía
64	3. La participación de los fieles en la Eucaristía
76	4. La Eucaristía, modelo y centro de la evangelización
88	Catequesis del papa Francisco

CARTA DEL CARDENAL CAÑIZARES LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA DOMINICAL · CENTRO DEL IDF

1. INTRODUCCIÓN

Con este escrito que dirijo tanto a sacerdotes, como a fieles cristianos laicos y personas consagradas, no pretendo otra cosa que ofrecer unas consideraciones que, estimo, pueden ayudar a que la Eucaristía, singularmente la Eucaristía dominical, sea celebrada, vivida, participada como reclama cuanto en ella se contiene y significa. Ya he hablado muchas otras veces de la Eucaristía en su realidad más íntima, en sus exigencias, en su relación con el sacerdocio ministerial, es decir, con los sacerdotes, e incluso he tratado de situarla en el contexto de la renovación litúrgica: todo eso puede venir en ayuda de todos para que la Eucaristía sea vivida en todo su sentido.

Aquí, con ocasión de la Presentación de la nueva traducción española del Misal y en aplicación de nuestro Proyecto Diocesano para una nueva evangelización, ofrezco a continuación algunas consideraciones que nos puedan orientar en cómo mejorar nuestras celebraciones. Urge una “buena y digna” celebración de la Eucaristía, singularmente los domingos y fiestas, en los que se reúne el conjunto de la comunidad cristiana, de modo que tanto los fieles como los sacerdotes puedan vivir el misterio eucarístico en toda su riqueza y así se renueve y fortalezca la vida cristiana de todos.

Es necesario insistir mucho en este punto. La Eucaristía es el corazón de la Iglesia local, está en el centro de la vida de la comunidad cristiana, de cada una de las comunidades cristianas, de todos y cada uno de los que formamos la Iglesia. Es la fuente y la cumbre de toda la vida cristiana y de toda la obra evangelizadora. De cómo vivamos la Eucaristía, de cómo nos situemos ante ella, de cómo la celebremos y participemos en ella, de la centralidad que ocupe en nuestra vida y en las de las parroquias y comunidades, depende muy mucho que haya vitalidad cristiana en nuestra Iglesia diocesana y en nuestras comunidades. El vigor de una comunidad se refleja en cómo celebra la Eucaristía. La celebración de la Eucaristía ha de marcar el camino de la comunidad.

La importancia de la Eucaristía, particularmente de la Eucaristía dominical, es muy grande en orden a la renovación interior de la Iglesia y a la evangelización que tanto nos urge y apremia. No podemos en modo alguno minimizar esta importancia. Estoy convencido de que si recuperamos el Domingo, más aún la Eucaristía dominical, habremos dado pasos de gigante en la renovación, revitalización de nuestra Iglesia diocesana, de sus comunidades y de su capacidad de presencia en el mundo y de su obra evangelizadora, marcada por la centralidad

de la caridad en todo su ser y actuar. Necesitamos, por ello, en primerísimo lugar, fortalecer el Día del Señor, el Domingo: no hemos de escatimar esfuerzos en este punto central. Para ello, entre otras cosas, habrá que cuidar exquisitamente y vigorizar las celebraciones dominicales. Hay que cuidar su preparación con la oración personal y comunitaria sobre la base de los textos bíblicos y litúrgicos. Hay que hacer una buena catequesis de la Eucaristía y redescubrir la riqueza insondable del misterio eucarístico, para vivirlo cada vez más hondamente y que penetre enteramente en nuestras vidas. No deberíamos olvidar que la mejor catequesis eucarística es la misma celebración. Y que una “buena” celebración es la mejor catequesis de todo el misterio y acontecimiento cristiano.

Puesto que la Eucaristía es el centro y la fuente permanente del ministerio episcopal, corazón de la vida cristiana, fuente y culmen de la misión evangelizadora de la Iglesia, se puede comprender mi preocupación, como Obispo vuestro, por todo lo que pueda oscurecer el punto más original de la fe católica: hoy, Jesucristo sigue vivo y realmente presente en la sagrada Hostia y en el Cáliz consagrados.

Una fuente privilegiada desde la que partir debería ser el libro litúrgico mismo: el Misal Romano. Y más en concreto aún, es prioritario que sacerdotes y fieles redescubramos las riquezas de la *Ordenación General del Misal Romano* (IGMR) y de la *Ordenación de las lecturas de la Misa*. Son “textos que custodian y expresan la fe, así como el camino del Pueblo de Dios a lo largo de dos milenios de historia” (Benedicto XVI). Aunque desde su publicación han pasado ya años, no se puede dar por descontado que se conoce y aprecia toda la riqueza litúrgica y pastoral que encierran. Como es bien sabido, la IGMR “se propone dar, tanto las líneas generales con las cuales se ordene idóneamente la celebración de la Eucaristía, como exponer normas para cada una de las formas de celebración” (IGMR).

La Santa Misa, vivida con atención y fe, es verdadera escuela de vida porque es “formativa en el sentido más profundo de la palabra, pues promueve la conformación con Cristo y consolida al sacerdote en su vocación” (Benedicto XVI). Así, pues, si el *ars celebrandi* es la mejor premisa para la actuosa *participatio*, y, a la vez se puede afirmar que la “garantía más segura para que el Misal de Pablo VI pueda unir a las comunidades y sea amado por ellas consiste en celebrar con gran reverencia de acuerdo con las prescripciones; esto hace visible la riqueza espiritual y la profundidad teológica de este Misal” (Benedicto XVI). Esta gran

reverencia debe transparentar lo que acontece en la Eucaristía, en ella pasa algo, ¡nada menos que el cielo se abre a la tierra, que se hace realmente presente Jesucristo, que se actualiza el sacrificio redentor de Cristo: ¡nada menos!, y esto reclama adoración, reverencia, unción.

La renovación litúrgica tiene riquezas aún no descubiertas del todo; y es lógico, pues la “liturgia va más allá de la reforma litúrgica” (San Juan Pablo II), cuya finalidad no era tanto cambiar los textos y los ritos, cuanto renovar la mentalidad poniendo en el centro de la vida cristiana y de la pastoral la celebración del Misterio Pascual, la realidad y soberanía de Dios, la obra de Dios a la que nada se puede anteponer. “No se puede, pues, seguir hablando de cambios como en el tiempo de la publicación de la Constitución Conciliar sobre la Liturgia, *Sacrosanctum Concilium*, pero sí de una profundización y apropiación cada vez más intensa de la Liturgia de la Iglesia, celebrada según los libros vigentes y vivida, ante todo, como un hecho de orden espiritual” (San Juan Pablo II). En la Eucaristía se entra en el banquete de Dios, en la santidad de Dios, se está ante la santidad de Dios: el celebrante, por ello, que además actúa *in persona Christi*, debe estar en gracia de Dios, como requiere la santidad divina y la Persona en cuyo Nombre actúa, y los fieles que vayan a comulgar también deben estar en gracia de Dios, para entrar en comunión con Él: esto debe advertirse y decirlo a la gente; así ni trivializaremos la Eucaristía, ni menos aún la profanaremos.

2. PARA PROMOVER UNA EDUCACIÓN DE LA FE EUCARÍSTICA

Parece oportuno comentar, teniendo en cuenta la IGMR, algunos elementos que sirvan de fundamento para un camino de profundización en la celebración eucarística y que dispongan a todos a vivir personalmente lo que se celebra. Dichos elementos están íntimamente relacionados entre sí y tienen por idea base: la Eucaristía como lugar privilegiado de encuentro y diálogo con Dios, para el que uno, antes de celebrar o participar en la celebración, ha de preparar su espíritu. Para eso, además del estado de gracia necesario en el celebrante (nunca celebrar en pecado mortal; antes confesarse), todos han de prepararse a este encuentro orando, meditando. Ejercitándose en la interiorización, en el silencio, en la acogida. Por ello, por ejemplo, el sacerdote no debe entrar de la calle y de inmediato ponerse a celebrar, o no mantener el silencio y la interiorización debida en la sacristía —en las sacristías se ha de procurar el debido silencio, un clima previo de dignidad y respeto; a fuerza de ser sinceros, no es infrecuente, sobre

todo en concelebraciones, que las sacristías se conviertan en lugares de tertulias, lo cual no dispone, sino todo lo contrario, a la celebración y al encuentro con Dios; repito, téngase el silencio requerido en las sacristías, antes de la celebración; lo principal es la Misa, no nosotros—; los fieles igualmente han de esperar en el templo y comportarse previamente a la celebración con respeto y silencio religioso: los templos son lugares de oración, no lugares de tertulia, no son calles o plazas. El respeto y el silencio han de ser cultivados desde pequeños, y ha de ser mantenido a lo largo de la celebración: desde antes del comienzo de la Misa hasta la salida del templo. Se verá interrumpido por las respuestas en el diálogo con el sacerdote, o para el canto; se debe propiciar el silencio y pausas de silencio suficientes siempre que se diga “oremos”, porque son momentos en los que el sacerdote invita a la oración, al silencio, al diálogo con Dios unidos a toda la asamblea; se debe guardar silencio religioso en toda la plegaria eucarística, la consagración; en el rito de la paz el silencio debe ser guardado particularmente y recuérdese que solamente se le desea la paz y se dice en voz baja, al tiempo que se ofrece el signo de la paz: “la paz contigo. Y con tu espíritu” —a los dos de al lado, derecha e izquierda—. Se ha de mantener un silencio profundo en el tiempo de la comunión y de la acción de gracias: es un momento muy principal.

Al final de la Misa se debe procurar que el templo no se convierta en una plaza o en una algarabía: el templo sigue siendo templo, lugar de oración. Por eso hacemos mal todos, yo el primero por prestarme a fotos de grupos, por ejemplo en Confirmaciones u otras celebraciones, el convertir el templo en un verdadero *guirigay* con las fotografías: habría que buscar otros espacios y tiempos. Los fotógrafos, caso de que los haya, deben ser muy discretos.

2.1. La Eucaristía como encuentro y diálogo con Dios

En palabras de Benedicto XVI, “la prioridad suprema y fundamental de la Iglesia en este tiempo es conducir a los hombres hacia Dios, hacia el Dios que habla en la Biblia” (Benedicto XVI). Es un hecho indiscutible que, a pesar de la secularización y de la pérdida del sentido de lo sagrado, en nuestro tiempo está emergiendo, de diversas formas, una renovada necesidad de espiritualidad, una cierta apertura al Misterio, una necesidad de adoración. Esto demuestra que en lo más íntimo del hombre no se puede apagar la sed de Dios. Existen interrogantes que únicamente hallan respuesta en un encuentro personal con Cristo. El clima de adoración, de escucha, ayuda muchísimo a una verdadera y fructuosa participación.

Surge espontáneamente la pregunta: y ¿cómo hacérselo ver? “Ante este anhelo de encuentro con Dios, la liturgia ofrece la respuesta más profunda y eficaz” (San Juan Pablo II), pues es “el lugar privilegiado del encuentro de los cristianos con Dios y con quien Él envió. Jesucristo” (San Juan Pablo II). De hecho, “si en la liturgia no destacase la figura de Cristo, que es su principio y está realmente presente para hacerla válida, ya no tendríamos la liturgia cristiana, totalmente dependiente del Señor y sostenida por su presencia creadora” (Benedicto XVI).

Como recuerda el *Catecismo de la Iglesia Católica*, “toda celebración sacramental es un encuentro de los hijos de Dios con el Padre, en Cristo y en el Espíritu Santo, y tal encuentro se expresa como un diálogo, a través de acciones y palabras” (*Catecismo de la Iglesia*). Este encuentro se realiza por medio de los signos visibles que usa la sagrada liturgia escogidos por Cristo o por la Iglesia y que significan realidades invisibles (Vaticano II, SC). Por eso se puede concluir que la celebración, y de modo especial la celebración eucarística, es “oración y coloquio con Dios, de Dios con nosotros, y de nosotros con Él” (Benedicto XVI).

Exigencia que desprende esto es que para participar en la Eucaristía exige ser discípulos, estar atentos a Dios, tener oídos para Dios y estar dispuesto a este encuentro con Él; lo cual exige disposiciones previas que habrá que cultivar.

2.1.1. Poner el alma en consonancia con la voz (SC 11)

En este sentido, la primera exigencia para una buena celebración es entablar realmente este coloquio, que tiene como particularidad que las palabras y los gestos de la liturgia nos precien. El sacerdote y los fieles deben vivir aquel “la mente concuerde con la voz”, de San Benito, es decir conformarse a las palabras y gestos de la liturgia, o como afirma la Constitución Conciliar sobre la Liturgia, poner el alma en consonancia con su voz. Es cuestión de coherencia entre las disposiciones interiores y los gestos y palabras que conforman la celebración eucarística. Ello supone, además de estar en comunión con Dios, no andar distraídos, o tomarse la Eucaristía banal y rutinariamente.

Cuando el sacerdote se deja conducir por la IGMR, porque la ha asimilado, se ha imbuido de ella y de su espíritu, obedeciendo y correspondiendo con el corazón y la mente al rito, de hecho, se convierte en servidor, dócil instrumento de Cristo. Y, a su vez, “el sacerdote que celebra fielmente la Misa según las

normas litúrgicas y la comunidad que se adecúa a ella, demuestran de manera silenciosa pero elocuente su amor por la Iglesia” (San Juan Pablo II). Esto exige corregir algunos abusos que se han podido introducir en la celebración eucarística. (A propósito de estos abusos puede verse la Instrucción de la Congregación para el Culto Divino y Doctrina de la Fe, *Redemptionis Sacramentum*, que es necesario que conozcamos bien los sacerdotes para una recta celebración, también los fieles, pero nosotros sacerdotes primero).

Hay que tener muy en cuenta siempre que el sacerdote no es el protagonista de la acción litúrgica y tampoco lo es el pueblo que participa. Como afirma con fuerza la Constitución Conciliar, “nadie, aunque sea sacerdote, añada, quite o cambie cosa alguna por iniciativa propia en la Liturgia”. En la Liturgia “no es que nosotros hagamos algo, que mostremos nuestra creatividad, o sea, todo lo que podríamos hacer. Justamente la Liturgia no es un *show*, no es un teatro, un espectáculo, sino que se vive desde el Otro” (Benedicto XVI). Así la Liturgia pone de manifiesto el primado de Dios, la prioridad de la realidad de Dios, el derecho de Dios. Esto es tan fundamental que nunca se puede olvidar, sin traicionar la verdad de la Liturgia, pues supondría traicionar tanto a Dios como al hombre: se trata de la forma correcta del comportamiento del hombre ante Dios.

Hay aspectos que deberíamos cuidar, como: la participación de los fieles que han de proclamar las lecturas, hacer las moniciones o animar los cantos; cuidar el silencio orante y el clima profundamente religioso y gozoso en toda la celebración; las moniciones, en frases breves y bien pensadas, que tengan sentido catequético y exhortativo y ayuden en la celebración y en la vida de fe; cuidar la expresividad de los gestos, por ejemplo, en el ofertorio no presentar objetos o cosas que no se van a consumir o que no se vayan a dar a los pobres; las ofrendas se deben simplemente presentar sobriamente, no deben ir acompañadas de palabras o moniciones, se hacen las ofrendas que hablen por sí mismas de consagración o de entrega a los pobres. Cuidar muchísimo la proclamación preparada y bien hecha de la Palabra, sin improvisaciones y sin suprimir ninguna lectura: lo importante es la Palabra de Dios —Dios que habla y le prestamos nuestra voz—, que se oiga bien la Palabra, que se pueda escuchar con atención e interés: lo importante no es salir a leer, que participen varios leyendo, sino que lo importante es la Palabra de Dios, que se lea bien, que se proclame con sentido: sería bueno contar con un pequeño, pero buen, equipo de lectores, que se preparen con antelación. La homilía ha de ser preparada seriamente con la oración y el estudio y hecha con esmero y “verdad”

siguiendo las orientaciones del Directorio para las homilias. Se debería prestar particular atención al equipo de megafonía —micrófonos y altavoces— que permita escuchar adecuadamente a todos, incluso a los que tienen algún problema de audición en grado leve. Es importante cómo se sitúa el lector, el monitor o el homileta o predicador ante el micrófono, cómo está situado el micrófono, hablar de frente al micrófono con la cercanía suficiente, sin excesiva cercanía, y sin distancia. A veces en el tema de lecturas, por no tener en cuenta estos pequeños detalles u otros casos, no se proclama de verdad la palabra; así ni se puede acoger, ni responder como requiere, ni ponerla en práctica o llevarla a la vida. Si la Palabra no se capta se pierde todo.

Cuidar atentamente el modo de presidir, de “estar”, con sobriedad y belleza. Hay que cuidar en la celebración de la Eucaristía el esfuerzo en la unidad eclesial de la celebración, que entraña fidelidad a las orientaciones y normas litúrgicas de la Iglesia, signo y pedagogía del misterio de comunión que es la celebración eucarística: no hay que caer en un “rubricismo”, pero tampoco podemos saltarnos las normas de la Iglesia, que son expresión de comunión y están al servicio de ella, no somos dueños de los sacramentos ni de la disciplina litúrgica.

Entre los aspectos que me permito subrayar está el de los cantos: los domingos, al menos una de las Misas debería ser cantada. La nueva edición de la edición castellana del Misal ofrece la musicalización muy sencilla de la Misa. Los cantos para la Misa han de ser escogidos cantos sencillos que puedan cantar todos los miembros de la asamblea, que tengan hondura religiosa y contenido serio, calidad musical; hay algunos cantos que no deben cantarse nunca, por carecer de sentido religioso, por su escasa o nula calidad musical, por falta de contenido o porque su contenido desfigura o diluye la fe cristiana o no ayuda a una interior y cordial participación y a entrar en el Misterio. Por ejemplo, algunos instrumentos, el mucho ruido, el cantar a gritos, la música estridente, etc distrae, dispersa, y no ayuda a entrar en la celebración. El canto no es para amenizar y distraer: es oración, es alabanza, es respuesta a las maravillas de Dios por parte de toda la asamblea. El Cantoral Litúrgico Nacional ofrece una buena selección de cantos; atengámonos a él. En todo caso téngase en cuenta que el canto de entrada es de entrada, de convocatoria y de reunión, de constitución de la comunidad, de la asamblea; en el rito penitencial del comienzo de la Misa es el “Señor, ten piedad” lo que se debe cantar, y no debe ser cambiado, ni sustituido, y el Gloria debe ser respetado también; el salmo responsorial no puede ser sustituido por una canción no sálmica, que sea el salmo que corresponda al día o se aproxime;

que la letra del Credo debe ser la que profesa fielmente la fe de la Iglesia, y que el canto en el Ofertorio debe expresar la verdad de ese momento de las ofrendas, de la ofrenda —por eso no distorsiona nada un canto de la Virgen como el Ave María— y que el “Santo” debe ser la aclamación que hace la Iglesia y no otra distinta; que si se canta el “Padre Nuestro” ha de ser con las palabras que el Señor nos enseñó y no con otras y que, tras la monición del sacerdote, no cabe ningún canto que no sea la oración dominical; que no debe cantarse en el gesto de la paz ni sustituir el “Cordero de Dios” por un canto de paz que distorsiona, interrumpe el verdadero sentido de la paz, que no es nuestra paz, sino la que el Señor nos da —Él mismo— y nos predispone a recibirlo: está unido al momento de la comunión. El canto final debe ser un canto de despedida y envío.

Es necesario promover los coros que animen a toda la asamblea cristiana a cantar y que no la suplanten. A veces, coros pequeños o grandes corales suplantam al Pueblo de Dios y se convierten en “amenizadores” de una celebración o en espectáculo. Lo importante es el misterio que se celebra; el coro es un instrumento para la celebración. No convirtamos, pues, las celebraciones en espectáculo.

Es necesario que las parroquias tengan un “equipo de animación litúrgica” que cuide la preparación, las moniciones, los cantos, las lecturas.

2.1.2. ¿Cómo celebra la Iglesia, cómo celebramos la Eucaristía?

Previamente a la celebración, sacerdotes y fieles acuden al templo, y se disponen a la celebración en un clima de oración, de silencio, de toma de conciencia de lo que va acontecer en la Eucaristía, de sentido de Iglesia que se reúne eclesialmente, comunitariamente, como pueblo convocado por Dios, para celebrar el misterio pascual y escuchar su palabra. Los fieles acudirán al templo, al lugar de la celebración con tiempo suficiente, ni con el tiempo justo y menos con retraso; entrarán en el templo, se arrodillarán si está el sagrario, orarán y dispondrán su espíritu para participar en el misterio. Los sacerdotes también habrán de disponer su espíritu para celebrar en la persona de Cristo y en nombre de la Iglesia los misterios de la Pascua: habrán de arrodillarse ante el Señor, meditar en lo que va a acontecer por su mediación sacerdotal, contemplar lo que se contiene en el misterio eucarístico, guardar silencio exterior e interior, avivar su devoción, entrar en la sacristía donde se guardará el clima espiritual previo que requiere la celebración eucarística, misterio de la fe, incluido el respetuoso y devoto silencio, revistiéndose los ornamentos y

pensando lo que éstos significan o pronunciando la tradicional oración para la imposición de las vestiduras sagradas, por las que se visibiliza su identificación y su pertenencia a Cristo.

A veces las sacristías se convierten en el mejor lugar para distraerse y no centrarse en la celebración que van a presidir o participar a renglón seguido; es ésta una práctica que habrá de purificarse. Como también habrá de purificarse y poner un gran esmero en ello, el que el pueblo fiel esté en silencio, que el templo no se convierta en un lugar de tertulia —para eso está la calle de donde se viene— sino que sea un lugar de oración que nos dispone a entrar dentro de la celebración de los sagrados misterios.

2.1.3. El desarrollo de la celebración de la Santa Misa

RITOS INICIALES

Nos congregamos los cristianos para celebrar la Eucaristía, para lo que se habrá creado el clima adecuado con una monición oportuna que indique el sentido de la celebración e invite a verse como comunidad reunida en el nombre del Señor y convocada por Él como Iglesia que, presidida por el sacerdote, presencia sacramental de Cristo, va a ofrecer el Santo Sacrificio. El sacerdote, entre tanto, se reviste en la sacristía con los ornamentos sagrados —alba, cíngulo, estola y casulla del color que corresponda al ciclo litúrgico—, en silencio y oración, reconociendo que al revestirse de los ornamentos sagrados se dispone a representar a Cristo, sumo y eterno sacerdote, que es el verdadero y único protagonista de la celebración, al que el sacerdote hace presente.

Comienza la Santa Misa. El sacerdote, con verdadero recogimiento interior, acompañado de los ministros —los acólitos o monaguillos, cuya participación es muy recomendable por tantos motivos— se dirige procesionalmente al altar, signo de Cristo, sobre el que se ofrecerá el memorial de la Pascua del Señor. Se acompaña este inicio de la Santa Misa con un adecuado canto de entrada, unánime, que disponga todos a la celebración y exprese la fe que se dispone a celebrar.

Llegado al altar, el sacerdote hace genuflexión, si está o preside el sagrario, o inclinación profunda reverencial ante el altar por lo que este representa, en el caso de que no presida el sagrario. A continuación besa el altar, lo inciensa con la misma veneración.

El sacerdote invita a todos, a él mismo, a pedir perdón al Señor por los pecados para participar en la celebración y para escuchar dignamente la Palabra de Dios. No debe ser éste un rito rutinario que pase casi inadvertido; se debe hacer, unidos todos, con plena conciencia, calma y devoción. A ser posible se cantará el “Señor, ten piedad” como aparece en el Misal. Sigue el antiguo himno litúrgico dirigido a la Santísima Trinidad.

Tras este canto, el sacerdote hace la Oración Colecta que recoge el sentido de la celebración y cierra los ritos iniciales, que se harán y seguirán estando todos de pie.

LITURGIA DE LA PALABRA

Comienza la proclamación de la Palabra de Dios. Dios habla a su pueblo reunido en su Nombre convocado por la Palabra y el pueblo escucha y responde a Dios que nos habla. Las lecturas ocupan un lugar principal en la celebración de la Eucaristía. Y así debe reflejarse en todo: en el lugar desde donde se proclama la Palabra, en lugar destacado y visible —se ha de cuidar este lugar porque es la Mesa de la Palabra—. Se ha de procurar que haya buenos lectores, previamente preparados, que lean bien y con sentido, dando la entonación que corresponda al texto, haciendo una verdadera proclamación. Se han de cuidar los micrófonos.

En la Liturgia de la Palabra se leen los textos del Antiguo y del Nuevo Testamento seleccionados por la Iglesia, que recuerdan las maravillas del Señor en favor de los hombres de todos los tiempos. En la Misa Dominical se hacen tres lecturas: la primera, normalmente del Antiguo Testamento, la segunda de las Cartas o de los Hechos de los Apóstoles y el Evangelio. Previamente a la Liturgia de la Palabra se puede hacer una monición breve que introduzca, disponga e invite a la escucha de las lecturas. Todos escuchan con la misma atención, silencio y veneración. Al final de cada una de las lecturas, los cristianos muestran su veneración a los libros sagrados con esta aclamación: “Palabra de Dios”, que hace el lector, y el pueblo responde a una sola voz y con energía: “Te alabamos Señor”. Tras la primera lectura se hace el Salmo responsorial, con el que el pueblo responde a la Palabra de Dios; es un momento importante de la participación litúrgica; el salmo responsorial se canta por un salmista preparado al efecto o se recita, con la participación correspondiente de la asamblea; no debe ser sustituido por ningún otro canto. Durante las dos primeras lecturas todos permanecen sentados.

Después se canta el canto del Aleluya, excepto en las Misas de los domingos de Cuaresma. El pueblo, de pie, se une con su canto a esta aclamación gozosa de la Iglesia. Siempre debería cantarse; se trata de una aclamación con la que se inicia la proclamación del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, durante la cual todos permanecerán de pie, como signo o actitud de vigilancia ante la venida del Señor que llega en la lectura del Evangelio. La lectura del Evangelio es el momento cumbre de la Liturgia de la Palabra. La iglesia reunida rememora los dichos y hechos de Jesús que los cuatro evangelistas nos han transmitido. Es tan grande el respeto que la Iglesia tiene a la Palabra de Jesús que hay un libro especial que la contiene, llamado Evangelionario, que se aconseja esté en las parroquias. Este libro se besa e incienso y es llevado entre dos luces o cirios. Al final de la proclamación, el ministro, sacerdote o diácono aclamará "Palabra del Señor", y el pueblo responde "Gloria a ti Señor Jesús".

Sigue la homilía del sacerdote, que la habrá preparado muy bien a lo largo de la semana con oración, estudio y reflexión. Para la homilía, breve, no más de 10 minutos, en la que se actualiza la Palabra proclamada para la asamblea reunida, el sacerdote tendrá muy en cuenta lo que se dice sobre ella y su carácter propio en el Directorio Homilético de la Congregación para el Culto Divino y se atenderá a sus criterios.

Después de escuchar la Palabra de Dios y la homilía, todos juntos, en pie, hacen la profesión de fe recitando el Credo, bien sea el Apostólico (el más breve) o el Nicenoconstantinopolitano. Puede ser recitado uno u otro, aunque el Apostólico corresponde más bien al Bautismo y el Nicenoconstantinopolitano sería el más propio de la Eucaristía. Lo que no es buen criterio es sólo el de la brevedad, ni tampoco debe ser el ordinario.

A continuación, el sacerdote que preside invita a la "oración de los fieles u oración universal" en la que se pide o intercede por la Iglesia, el Papa, diversos miembros del Pueblo de Dios, los gobernantes, los pobres y los que sufren, las necesidades de la Iglesia y del mundo entero, su salvación, los difuntos, la paz, ... Se debe prever que uno o varios lectores hagan estas peticiones concretas debida y previamente preparadas, a las que toda la asamblea responde con las palabras acostumbradas recitadas o cantadas. Concluye siempre esta plegaria el sacerdote que preside la celebración.

LITURGIA EUCARÍSTICA

Terminada la Liturgia de la Palabra, el sacerdote, con sus ministros si los hubiere, prepara el altar con las ofrendas del pan y del vino. Previamente, y es recomendable en las Misas Dominicales, algunos fieles acercan al sacerdote procesionalmente las ofrendas del pan y del vino, agua, aceite, flores, etc., es decir, ofrendas para el sacrificio o que se van a consumir o entregar, por ejemplo a los pobres. Las ofrendas deben ser significativas y hablar por sí mismas como ofrendas sin explicación alguna ni añadido alguno: sobran, pues, moniciones en este momento. Durante las ofrendas u Ofertorio, los fieles permanecen sentados, mientras se canta algún canto apropiado de ofrenda; si no se canta, la asamblea responde a la ofrenda por parte del sacerdote del pan y del vino: "Bendito seas por siempre Señor". Sacerdote y fieles han de vivir este momento con verdadero sentido oferente de sí mismos, uniendo o incorporando a las ofrendas las ofrendas de nuestra persona, de nuestra vida, proyectos, trabajos, etc. Como preparación a la gran ofrenda de Cristo al Padre en la Liturgia o Plegaria eucarística.

Nunca debe omitirse el lavatorio de las manos del sacerdote como rito de purificación que dispone más y mejor al sacerdote a unirse a Cristo en la gran plegaria eucarística. Tras el lavatorio de las manos, el sacerdote invita a la oración con el "orad hermanos...", al que responde la asamblea, poniéndose en pie, y diciendo como ratificación: "El Señor reciba de tus manos...". El sacerdote concluye este momento del Ofertorio con la Oración sobre las ofrendas, a la que el pueblo, ya en pie, responde: "Amén".

Al concluir esta presentación de las ofrendas u Ofertorio, el sacerdote recita una larga oración de acción de gracias y de consagración, que se llama "Plegaria eucarística": Unida a la comunión del pan y del vino consagrados, esta parte es el momento culminante de la celebración. Es, por ello, la parte central de la celebración, porque en ella, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y en la Sangre del Señor Jesucristo. En esta parte de la plegaria eucarística que se inicia con un diálogo del sacerdote y la asamblea, a ser posible cantado con la melodía del Misal, se da gracias, con el canto del "Prefacio", a Dios por Jesucristo o las maravillas que Dios ha hecho en la Virgen María y en los santos, singularmente los mártires, unidos a Jesús en Quien se ha obrado por nosotros y para nosotros la salvación de Dios. Es un momento, el del Prefacio, que debiera ser vivido con intensidad y gozo, con verdadera acción de gracias

que el sacerdote hace en nombre de la Iglesia. Al final del mismo, todos lo concluyen con la aclamación del “Santo, Santo, Santo”, que debe ser cantado, sin tergiversar, con la letra o palabras de este antiguo himno que contiene las palabras que escuchó Isaías Profeta con las que los ángeles alaban al Señor en el cielo; y contiene, además, las palabras con las que la multitud aclamó a Jesús en su entrada en Jerusalén. Es éste un momento en que toda la asamblea, fieles y sacerdote, se deben sentir llenos de gozo y admiración unidos a la liturgia de los cielos que se abren a la tierra.

Se recuerdan, pues, los beneficios que Dios ha hecho en nuestro favor, y unidos los cristianos a los ángeles y a los santos, el sacerdote pide a Dios Padre que envíe el Espíritu Santo para que el pan y el vino sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo. El sacerdote, “in persona Christi”, unido a Él y haciéndole presente a Él por su ministerio ordenado, recuerda el memorial de la Cena del Señor: hace los mismos gestos de Jesús en la Última Cena —toma el pan y el vino en sus manos—, pronuncia sus mismas palabras —entonces el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y en la Sangre del Señor Jesucristo—. Así, por el ministerio del sacerdote se hacen presentes la muerte y la resurrección de Jesucristo. El sacerdote proclama ante la asamblea, a ser posible, cantando: “Éste es el sacramento de nuestra fe”, y el pueblo ratifica, también cantando si es posible: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡Ven Señor Jesús”, donde se expresa el “misterio” de nuestra fe; ahí lo tenemos todo. Son unos momentos muy importantes que deben ser participados con todo nuestro ser, con admiración y asombro, hondo sentido religioso y de fe, y con todo sentido de adoración, con adoración plena, y por eso se debe participar de rodillas, todos de rodillas, salvo los que se encuentren impedidos para arrodillarse que normalmente permanecerán de pie.

El sacerdote prosigue la plegaria haciendo memoria del misterio pascual e invocando de nuevo al Espíritu Santo para que venga sobre su Iglesia y realice la unidad de todos. La Plegaria se completa con unas súplicas e intercesiones a Dios padre por medio de Jesucristo por toda la Iglesia, por el Papa, el Obispo de la diócesis y todos los Obispos, por cuantos cuidan del Pueblo de Dios y por todavía en la tierra y por los que ya han muerto, teniendo en estas oraciones presentes el ejemplo, ayuda e intercesión de la Santísima Virgen María y de los santos: es el momento de hacer presente ante el Señor interiormente a los vivos y difuntos que se quiera y de asociarlos al santo Sacrificio del altar y a sus beneficios.

El sacerdote termina de recitar la Plegaria Eucarística, con una elevación menor al mismo tiempo del Cáliz y de la Patena —Sangre y Cuerpo de Cristo— y con la conclusión de las palabras “por Cristo, con Él y en Él...”, a las que el pueblo responde solemnemente con su “¡Amén!”. Es el “amén” más importante de la celebración y un momento muy importante de participación activa de los fieles en la celebración: con este “amén” el pueblo fiel ratifica toda la oración sacerdotal de quien preside, la plegaria eucarística, la alabanza, la acción de gracias, la súplica y el sacrificio de Jesucristo mismo; no es un sujeto pasivo o espectador de cuanto acontece en la celebración, sino que está enteramente inmerso dentro de ella. Por eso se debe advertir y enseñar a los fieles del sentido e importancia de este momento dentro de la celebración en la que tan unidos están celebrante y pueblo.

Tras este “Amén” se pasa a la:

COMUNIÓN DEL CUERPO Y SANGRE DE JESUCRISTO

Todo en la celebración tiende a ese momento, precedido de gestos y oraciones que descubren y disponen de manera más inmediata al encuentro personal y comunión con Cristo. El Cuerpo eucarístico de Cristo y su Sangre están realmente destinados a ser recibidos por los fieles cristianos como comida y bebida de salvación. Comer el Cuerpo y beber la sangre de Cristo es “exigencia” y, sobre todo, don para los que participan en la celebración de la Eucaristía, memorial de la Pascua y banquete pascual, que, de alguna manera, reclama comer y beber el Cuerpo y la Sangre del Señor y hacerse o ser uno con Él, vivir de Él y con Él, entrar en comunión con el don que se nos da: Pan de vida y bebida de salvación. En la comunión eucarística los cristianos reciben el Cuerpo de Jesucristo como alimento de vida eterna y entran en comunión personal de vida y amor con el Señor y se realiza la comunión con los hermanos, se congrega a la Iglesia en unidad, se realiza la unidad de la Iglesia y se robustece la comunión fraterna, y lleva, por ello, a los cristianos que en ella participan a cumplir la misión de la Iglesia en el mundo.

Para comulgar hay que estar preparados. ¿Cuál es esta preparación? La remota es estar en gracia de Dios: es necesario insistir en este aspecto, no se puede trivializar la comunión. Para la preparación inmediata, la liturgia indica la oración del Padre Nuestro, el rito de la paz, el Cordero de Dios, y otras oraciones.

Los cristianos se disponen a recibir el Cuerpo de Cristo rezando, en primer lugar, la oración del Padre Nuestro, en la que invocamos al Padre con la oración que Jesucristo nos enseñó, en la que encontramos las actitudes fundamentales para recibir al Señor, con lo que habrá que enseñar al pueblo cristiano cómo nos disponemos a ello y hacer una catequesis sobre esta oración.

Los cristianos se disponen también a recibir el Cuerpo de Cristo mediante el rito de la paz, que nos indica que la Eucaristía es por su naturaleza sacramento de paz. En el rito romano, antes de recibir al Señor, hemos de recibir la paz que Cristo nos da, —es su paz, no la nuestra—, para que nos la demos mutuamente y la llevemos a los hombres: por eso invocamos la paz que Cristo nos da y nos dispone a recibir su Cuerpo con su paz. Nos damos la paz con un gesto sencillo y con las palabras “la paz contigo”, solamente a los que están a nuestro lado, conforme a lo que hace unos años señaló la Congregación para el Culto Divino, que habrá que explicar; conviene recordar que el sacerdote no debe abandonar el altar. Hay que recoger fielmente el sentido de la paz y advertir que este momento no puede convertirse en un momento de dispersión, ni tener expresiones exageradas, tan frecuentes por lo demás, provocando cierta confusión en la asamblea precisamente antes de la Comunión. Sería bueno recordar e insistir que el alto valor del gesto de la paz no queda mermado por la sobriedad necesaria para mantener un clima adecuado a la celebración limitando el gesto de la paz a los más cercanos. Durante este gesto no se canta.

El celebrante realiza ahora un gesto significativo de Jesús en la Última Cena: partir el pan. Así se ha llamado durante muchos siglos la celebración de la eucaristía. Se trata de un gesto que no puede pasar inadvertido, se trata de un gesto de unidad. Jesús dio a los Doce el mismo pan. Todos comemos el mismo pan para formar un solo cuerpo con Él. Este gesto se acompaña con el canto del “Cordero de Dios” que no debe ser omitido y a ser posible cantado, donde Jesús aparece como víctima sacrificada para nuestra salvación que nos da la paz. El sacerdote dice en voz baja las oraciones propias para disponerse a recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Con las debidas disposiciones que hemos de procurar, antes de comulgar: la paz y amistad con Dios y reconciliarnos con nuestros hermanos, nos acercamos a comulgar, cantando y caminando procesionalmente. La práctica de la Iglesia declara que es necesario examinarse a sí mismo para que nadie, consciente de pecado grave, se acerque a comulgar sin acudir previamente al sacramento de

la penitencia. Es práctica, además, de la Iglesia el ayuno eucarístico, de una hora, esto es: hay que abstener de alimentos y bebidas, excepto el agua que puede ser tomada en cualquier momento; con este gesto del ayuno eucarístico, que no debemos trivializar, estamos indicando que con este sacrificio que ofrecemos al Señor, queremos significar que preferimos el alimento del Pan de vida a cualquier otra comida terrena. La comunión se puede recibir en la boca o en la mano, siempre con debido respeto y adoración. Por eso, sea en la mano o en la boca, antes de comulgar se hará genuflexión o inclinación profunda y después se recibirá al Señor; cuando se comulga en la mano, recuérdese que se ha de extender una mano bien extendida, bajo ésta poner la otra mano, el ministro depositará respetuosamente el Cuerpo de Cristo en la mano, y con la mano libre el fiel con total respeto y veneración se lo llevará a su boca. Cualquier otra forma debe desaparecer. Tras recibir el cuerpo de Cristo se guardará un tiempo de silencio suficientemente prolongado para dar gracias y suplicar al Señor. Los cantos que se canten durante la comunión habrán de ayudar a recibir el Cuerpo de Cristo y a dar gracias por el infinito don recibido. Hago más las palabras que el papa Benedicto XVI nos dice a propósito de la distribución y recepción de la Eucaristía: "Pido a todos, en particular a los ministros ordenados y a los que están autorizados para el ministerio de distribuir la Eucaristía en caso de necesidad real, que hagan lo posible para que el gesto, en su sencillez, corresponda a su valor de encuentro personal con el Señor Jesús en el Sacramento. Respecto a las prescripciones para una praxis correcta, me remito a los documentos emanados recientemente. Todas las comunidades cristianas han de atenerse fielmente a las normas vigentes, viendo en ellas la expresión de la fe y el amor que todos han de tener a este sublime Sacramento. Tampoco se descuide el tiempo precioso de acción de gracias después de la comunión: además de un canto oportuno, puede ser también muy útil permanecer recogidos en silencio" (Benedicto XVI, Exhortación Apostólica *Sacramentum Caritatis* 50a; también es muy útil recordar el número 50b de la misma Exhortación Apostólica). Como culminación de este momento, el sacerdote dice la oración de después de la Comunión.

Finalmente, tenemos los ritos de despedida, que nos ayudan a tomar conciencia de que la celebración nos lleva a la vida de cada día. La Eucaristía nos impulsa a la evangelización, a la transformación del mundo, a llevarle la paz que acabamos de recibir. El cristiano que participa en ella aviva ahí fuertemente la fraternidad que Dios ha realizado por medio de Jesucristo y se compromete a realizarla en el acontecer diario. Los ritos de despedida son: la bendición y

el envío. Para cumplir la misión de los cristianos en la vida diaria, los que han participado en la celebración reciben la bendición de Dios Padre, Hijo, Espíritu Santo. Cuando el que preside dice "Podéis ir en paz", palabras de despedida y envío, es Cristo mismo quien envía para anunciar y extender el Reino de Dios que se ha hecho presente plenamente en la Eucaristía. Estas palabras finales del que preside expresan así sintéticamente la naturaleza misionera de la Iglesia. "Por tanto conviene ayudar al Pueblo de Dios a que apoyándose en la liturgia profundice en esta dimensión constitutiva de la vida eclesial. En este sentido, sería útil disponer de textos debidamente aprobados para la oración sobre el pueblo y la bendición final que expresen dicha relación" (Benedicto XVI), que se pueden encontrar en el Misal Romano.

Finaliza la Eucaristía con el Canto final que ha de expresar el sentido de este momento, es decir, este canto como todos en la Misa debe estar en consonancia con la identidad propia de la celebración y los momentos de la misma. Recuerdo que todo el texto, la melodía, la ejecución, los instrumentos que acompañen, han de corresponder al sentido del misterio celebrado, a las partes del mismo, y a los tiempos litúrgicos.

Concluyo, queridos hermanos sacerdotes y fieles cristianos de la Diócesis de Valencia, si celebramos así la Eucaristía dominical, con el sentido y belleza que le corresponde, habremos dado pasos decisivos en la obra evangelizadora de la Iglesia que nos corresponde y urge. Difundir estas orientaciones para mejorar la Eucaristía dominical es algo que nos corresponde a todos, especialmente a los pastores y catequistas, que es lo que ofrece este ITINERARIO CATEQUÍSTICO DE LA FE DE LA IGLESIA, que presento y pido seguir como aplicación de nuestro Proyecto Pastoral Diocesano. Hagamos el esfuerzo necesario para llevarlo a cabo. ¡Gracias por todo! Con mi bendición para todos.

+ Antonio, Card. Cañizares
Arzobispo de Valencia

+ Antonio, Card. Cañizares
Arzobispo de Valencia

PRESENTACIÓN

Muchos cristianos de la Iglesia de Dios que peregrina en Valencia han recorrido un Itinerario Diocesano de Renovación, que tenía como finalidad ayudar a madurar una actitud de fe entendida como adhesión personal a Jesús, que preparaba para ser sus testigos en el mundo.

Durante los últimos años, reflexionamos sobre cómo ha de anunciar hoy el Evangelio nuestra Iglesia. Para estudiar y resolver esta cuestión se propuso un Itinerario Diocesano de Evangelización, que tenía como finalidad estudiar, revisar y mejorar la acción misionera de todas las parroquias y demás comunidades de nuestra Iglesia, en las tareas fundamentales que ello comporta.

La conclusión del Itinerario Diocesano de Evangelización nos pidió una última reflexión entre todos teniendo en cuenta la situación que vivimos, los recursos que disponemos y la capacidad evangelizadora de nuestras comunidades: proponer un marco de actuación, unas líneas fundamentales y unas conclusiones operativas concretas que, asumidas por la Asamblea Diocesana del 15 de octubre de 2016, marcarán el trabajo pastoral de los próximos años. Con vuestras valiosas aportaciones se fueron confeccionando las distintas proposiciones y acciones concretas que animarán la acción pastoral de nuestra diócesis.

La **acción 7**, a nivel Diocesano, dice:

Promover propuestas comunes de formación, como lo han sido el IDR y el IDE, instando a las asociaciones y movimientos concretos a participar en ellos como medio de unir las distintas realidades parroquiales, más allá de sus propios carismas.

A partir de las acciones propuestas por vuestros grupos y materializada en la Asamblea Diocesana, seguiremos con la formación diocesana para la evangelización y la transmisión de la fe. ¿Cómo? Mediante un Itinerario Diocesano de Formación en la fe, con el acrónimo IDF.

La Iglesia "existe para evangelizar", esto es, para "llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad" (Pablo VI. *Evangelii Nuntiandi*, 14 y 18).

El mandato misionero de Jesús comporta varios aspectos, íntimamente unidos entre sí: "anunciad" (Mc 16,15), "haced discípulos y enseñad" (Mt 28, 19-20), "sed mis testigos" (Hch 1,8), "bautizad" (Mt 28, 19), "**haced esto en memoria mía**" (Lc 22,19), "amaos unos a otros" (Jn 15,12). Anuncio, testimonio, enseñanza, sacramentos, amor al prójimo, hacer discípulos: todos estos aspectos son vías y medios para la transmisión del único Evangelio y constituyen los elementos de la evangelización (*Directorio General para la Catequesis*, 46).

Esta nueva convocatoria tiene su centro en el **memorial del Señor**. En la última cena con los discípulos, Jesús anticipa, es decir, significa y realiza para de ahora en adelante su ofrecimiento voluntario de Él mismo: "Tomad, esto es mi Cuerpo", "Esto es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos" (Mc 14, 22-24).

Las Delegaciones Diocesanas de Liturgia y de Iniciación Cristiana y Catequesis ofrecen estos materiales de formación con ocasión de la presentación y entrada en vigor de la tercera edición del Misal Romano. Este material de formación viene a unirse a la publicación —hace apenas unos meses— del libro *Liturgia y Eucaristía, alma de una Iglesia evangelizadora*, escrito por nuestro Sr. Arzobispo, el car-

denal D. Antonio Cañizares y el canónigo de nuestra S.I. Catedral D. Jaime Sancho. En él se recogen los artículos aparecidos en el semanario *PARAULA* sobre el tema de la Eucaristía. Al libro haremos referencia porque es una buena fuente de información y conocimiento.

En la comunidad cristiana, los discípulos de Jesús se alimentan en una doble mesa: "la de la Palabra de Dios y la del Cuerpo de Cristo". El Evangelio y la Eucaristía son su constante alimento en el peregrinar hacia la casa del Padre. La acción del Espíritu Santo hace que el don de la "comuni3n" y el compromiso de la "misi3n" se ahonden y se vivan de manera cada vez m3s profunda (*Directorio General para la Catequesis, 70*).

ANTES DE EMPEZAR A CAMINAR ASPECTOS PREVIOS

Nuestro objetivo principal es caminar, empezar una ruta, siguiendo un itinerario que nos lleve a convertirnos a Jesús, ahondando de manera sencilla en el Evangelio, siguiendo el mandato del Señor: **“Haced esto en memoria mía”** (Lc 22, 19).

Para ello se han diseñado cuatro catequesis que son invitaciones a seguir a Jesús, acoger su estilo de vida, para ser su testigo. Este año, coincidiendo con la tercera edición del Misal Romano, giran en torno a la Eucaristía.

La primera experiencia que hemos de vivir en el grupo es que nos alimentamos de la promesa que hizo Jesús a sus discípulos: **“Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”** (Mt 18, 20).

Siempre nos reunimos en su nombre y hemos sido convocados por Él. Cada uno de los que estamos aquí nos sentimos atraídos por su persona.

Indicaciones antes de empezar

Entre nosotros nadie es más que nadie. Somos todos hermanos.

Uno de nosotros asumirá el rol de **animador/a del grupo**. Será quien se encargue de dirigir la sesión. No todos tenemos la misma facilidad para hablar. Da la oportunidad a los que sean tímidos a la hora de expresarse, y ofrece el turno de palabra a cada uno, para que podamos escucharnos unos a otros.

No es el que más sabe, puesto que no es necesario más que el material que tenemos en el libro. Tampoco venimos a escucharlo a él o ella. **Venimos a escuchar a Jesús** que nos va a hablar a cada

uno en nuestra situación personal. Dialogaremos en un clima fraterno sobre las preguntas que nos suscite el texto y, como no podía ser de otra manera, dirigiremos nuestra oración a Dios. Concluimos con las acciones y compromisos a los que nos compromete el texto.

Es conveniente sentirnos acompañados por el **sacerdote**, pero tal vez somos muchos grupos y no puede hacerlo. Invitémosle, en caso de tener disponibilidad, estará encantado de hacerlo. También es importante definir quién asumirá la función dentro del grupo de **secretario/a**. Será el responsable de convocarnos a todos a las reuniones y anotar las aportaciones que hagamos en el grupo. Todo con sencillez y sentimiento de fraternidad.

Duración de las sesiones

Al grupo se le ofrece la oportunidad de un camino compuesto por cuatro etapas o catequisis.

En cada tema escucharemos un texto del Evangelio y nos iniciaremos a un aspecto de la liturgia.

¿Cuántas veces hemos de reunirnos?

El grupo es libre y autónomo. Sois vosotros, los participantes, quienes marcáis el ritmo de las sesiones. Determinad un lugar fijo y tranquilo, dad la bienvenida a todos.

Para los momentos de oración, sería muy útil preparar un espacio digno y que invite a la oración. Tenéis mucha creatividad para adaptar las catequisis a los destinatarios, a la realidad del grupo. Añadid los cantos (o música de ambiente) que conozcáis como si queréis aprender nuevos. Nosotros os hemos facilitado pistas o sugerencias

más que normas. No nos estamos preparando para un examen, lo importante es lo que vive el grupo.

Antes de ponernos a caminar os proponemos hacer un encuentro para que los miembros se conozcan y dar a conocer este itinerario. Las sesiones que va a tener, la distribución de los roles (animador, secretario, etc.), la disponibilidad de los componentes, cómo se estructura, qué finalidad tiene. Las propuestas a todas las preguntas están en la GUÍA BÁSICA.

Dentro de la página web evangelizacionvalencia.org, en el apartado "**materiales**" os dejamos la reunión previa para antes de empezar con las sesiones, donde presentaremos y podremos ver y tocar el Misal Romano en su tercera edición.

A vuestra disposición siempre,

Vicaría para la Evangelización y Transmisión de la Fe

Delegación Episcopal de Iniciación Cristiana

Delegación Episcopal de Liturgia

REUNIÓN O PRESENTACIÓN DE LA TERCERA EDICIÓN DEL MISAL ROMANO

INDICACIONES PARA LA SESIÓN DE HOY

Antes de empezar el itinerario, conviene conocer la tercera edición del Misal Romano.

Proclamaremos el pasaje de Pablo a los cristianos de Corinto (1 Cor 11, 23-26) haciendo hincapié en la tradición que Pablo había recibido. El texto se escribe en el año 50 de nuestra era. Es el texto más antiguo que hace referencia a la cena del Señor.

Presentaremos el Misal Romano en su tercera edición a los miembros que componen el grupo del Itinerario.

Para el buen funcionamiento de la reunión conviene tener preparado el siguiente material:

- Biblia o Leccionario.
- Vela.
- Misal Romano (Tercera Edición).
- Tríptico explicativo del Misal Romano editado por el Arzobispado de Valencia.

PRIMERA PARTE

La Iglesia celebra la Eucaristía

Introducción

La primera experiencia que hemos de vivir en el grupo es que nos alimentamos de la promesa que hizo Jesús a sus discípulos:

“Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20).

Siempre nos reunimos en su nombre y hemos sido convocados por Él. Lo primero que hacemos siempre es leer el Evangelio.

Cerramos los ojos y, en silencio, seamos conscientes de lo que vamos a hacer:

Voy a escuchar a Jesús. Dios me va a hablar.

Hacemos un breve silencio y escuchamos.

El sacerdote (o en su ausencia un miembro del grupo) proclama el Evangelio desde el Leccionario o una Biblia:

Lectura de la primera carta del Apóstol san Pablo a los Corintios 1Cor 11, 25-26

Hermanos,

Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía».

Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Palabra de Dios.

El mártir san Justino, escritor del siglo II, describe cómo celebraban la eucaristía los cristianos de su tiempo. Se puede comprobar que ya en ese tiempo la celebración litúrgica de la eucaristía coincide en su estructura con la celebración eucarística que la Iglesia hace en nuestros días.

Esa narración dice así:

“El domingo se celebra una reunión de todos los que viven en las ciudades o en los campos. En ella, se leen los Recuerdos de los Apóstoles (los Evangelios) o los escritos de los Profetas.

Cuando el lector termina, el que preside, de palabra, hace una exhortación e invitación a que imitemos estos bellos ejemplos.

A continuación, nos ponemos en pie todos a una, y recitamos nuestras paces.

Terminadas éstas,

se presentan pan, vino y agua

y luego, el que preside eleva a Dios su oración y acción de gracias.

Y todo el pueblo aclama: Amén.

Entonces viene la distribución de las ofrendas, consagradas por la oración de acción de gracias.

Los diáconos la llevan a los ausentes.

Los que poseen bienes dan lo que creen oportuno
para socorrer a los huérfanos, a las viudas, a los enfermos,
a los encarcelados, a los hermanos que están de paso.
Los que tenemos bienes socorremos a los necesitados
y estamos siempre unidos unos con otros.
Y por todo lo que comemos
bendecimos siempre al Hacedor de todas las cosas.
Celebramos esta reunión general el domingo,
por ser el día primero,
en el que Dios hizo el mundo
y en el que Jesucristo, nuestro Salvador,
resucitó de entre los muertos”.

Canto

“Juntos como hermanos” o “No podemos caminar”.

SEGUNDA PARTE

El Misal Romano en su tercera edición

Introducción

Presentación a los grupos de la tercera edición del Misal Romano.

Ser cristiano es, entre otras cosas, insertarse en la fe del Pueblo de Dios que se transmite de generación en generación. Y que tiene, en la celebración eucarística, su fuente y su meta.

La profesión de fe identifica al cristiano. Pero sólo es posible captar la verdad, la realidad y la significación de la profesión de fe en y desde la eucaristía que celebra la comunidad cristiana. Lo que la Iglesia celebra es expresión segura de lo que cree.

La comunidad de fe implica esencialmente también una comunidad en el lenguaje, al menos en un mínimo de lenguaje que guarde esta comunidad de fe. En esta línea, el Misal Romano es, después del Leccionario de la Palabra de Dios, el libro litúrgico más importante al contener los textos que han de usarse en la celebración de la Eucaristía. En ese sentido, el misal no es sólo testimonio de una tradición continuada o uniforme, acerca del misterio eucarístico, garantía de la fe inalterada, sino también del interés pastoral de la Iglesia para que los fieles de todos los tiempos accedan a la celebración con las mejores disposiciones personales participando en los ritos sagrados y comprendiendo los textos de modo que "no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la Palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada,

no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él" (Concilio Vaticano II - *Sacrosantum Concilium*, 48).

Enseñamos al grupo la tercera edición del Misal Romano.

En esta línea es fundamental conocer la Ordenación general del Misal Romano que encabeza el libro litúrgico.

Repartimos a cada uno de los componentes un ejemplar del tríptico explicativo editado por el Arzobispado de Valencia.

Terminamos con la proclamación del prefacio I de la Eucaristía:

El sacerdote (o el animador del grupo en su ausencia), proclama:

En verdad es justo y necesario
es nuestro deber y salvación darte
gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno,
por Cristo, Señor nuestro.

El cual, verdadero y único sacerdote,
al instituir el sacrificio de la eterna alianza
se ofreció el primero a ti como víctima de salvación,
y nos mandó perpetuar esta ofrenda en memoria
suya.

Su carne, inmolada por nosotros,
es alimento que nos fortalece;
su sangre, derramada por nosotros,
es bebida que nos purifica.

Conclusión

Y se concluye con esta oración:

“El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan y bebemos del mismo cáliz” (1 Cor 10-17).

Oración final

Concédenos, Señor Todopoderoso,
que de tal manera saciemos
nuestra hambre y nuestra sed
en estos sacramentos,
que nos transformemos en lo que hemos recibido.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

Recordemos a los miembros del grupo fijar la fecha del próximo encuentro.

Para la próxima reunión o encuentro, iniciaremos las cuatro catequisis que trabajaremos durante todo el año.

EL LUGAR DE LA EUCARISTÍA EN LA VIDA CRISTIANA



EL LUGAR DE LA EUCARISTÍA EN LA VIDA CRISTIANA

Oración inicial

Ven, Espíritu Santo,
llena nuestros corazones con el don de tu Palabra,
haz que al escucharla "ardan nuestros corazones";
acompaña nuestras vidas
para que podamos vivir de la Palabra de Cristo.
Haznos atentos al Padre;
ayúdanos a descubrir tu presencia en el mundo
y haznos testigos de tu amor.
Amén.

Lectura de los Hechos de los Apóstoles *Hch 2, 42-47*

“Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando”.

Comentario

El acontecimiento de Pentecostés, que se lee en los versículos anteriores (*Hch 2, 1-13*) adquiere proyección eclesial en este “sumario”, y cobra un carácter normativo al describir los rasgos característicos y esenciales de la vida de la Iglesia naciente. No es un enunciado de principios teológicos abstractos, sino la descripción de una “vida”. La primera comunidad, nacida del agua del bautismo y del Espíritu, vive perseverante en apretada unidad, en “comunión”, en torno a los apóstoles y en la celebración litúrgica: fracción del pan y oraciones. La “vida” eclesial es efecto de la presencia y aliento del Espíritu Santo que, con su venida, manifiesta un “culto” en el Espíritu, una “unidad” en el Espíritu, un “crecimiento” en y por el Espíritu.

Esta narración no es ni quiere ser una historia de la comunidad de Jerusalén, aunque puede tener ciertas bases históricas. Se trata, sobre todo, de una descripción que pretende servir de modelo a la Iglesia e iglesias de todos los tiempos. El rasgo predominante es la unión-comunión de los cristianos en torno a los apóstoles (*Hch 2,42-43*) que enseñan y manifiestan la salvación. Es importante también en esta vida de la comunidad la oración y la fracción del pan. Por último la comunidad de bienes.

“El día mismo de Pentecostés, en que la Iglesia se manifestó al mundo, los que recibieron la palabra de Pedro fueron bautizados. Y con perseverancia escuchaban la enseñanza de los Apóstoles, se reunían en la fracción del pan y en la oración, alabando a Dios, gozando de la estima general del pueblo” (*Act, 2, 14-47*). Desde entonces, la Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual: leyen-

do "cuanto a él se refiere en toda la Escritura" (Lc 24,27), celebrando la Eucaristía, en la cual "se hacen de nuevo presentes la victoria y el triunfo de su muerte", y dando gracias al mismo tiempo "a Dios por el don inefable" (2 Cor 9,15) en Cristo Jesús, "para alabar su gloria" (Ef 1,12), por la fuerza del Espíritu Santo (Concilio Vaticano II - Constitución *Sacrosantum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia, 6).

“ Palabra y pan en la misa se convierten en una sola cosa, como en la Última Cena, cuando todas las palabras de Jesús, todos los signos que realizó, se condensaron en el gesto de partir el pan y ofrecer el cáliz.

Francisco
5 de febrero de 2014

“ La felicidad que buscáis, la felicidad que tenéis derecho a saborear tiene un nombre, un rostro: es Jesús de Nazaret.

Benedicto XVI
18 de agosto de 2005

Meditación

La celebración de la Eucaristía toma su raíz del misterio pascual de Cristo. Ya desde la presentación de Jesús por parte de Juan el Bautista como el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, el evangelio nos manifiesta con toda claridad cuál es el sentido final de la vida del Señor: dar la vida por la humanidad entera, cargar con los pecados de los hombres para, destruyéndolos en su propio Cuerpo en la cruz, obtener la salvación, la redención y devolvernos a la plena amistad con Dios.

Cristo, en la Última Cena con sus apóstoles, realizó un signo: tomó dos elementos de la cena pascual judía, el pan y el vino y les cambió radicalmente su significado: ahora serían su cuerpo y su sangre, es decir, la presencia viva de su sacrificio por nosotros. De esta manera, aquello que Cristo realizó una vez para siempre en el Calvario, esto es, la salvación, se hace accesible por medio de una celebración que es la Eucaristía.

Y es que Cristo murió una sola vez y quedó constituido redentor universal, ayer, hoy y siempre. La Eucaristía es la celebración que nos permite actualizar, hacer presente, hacer memoria, la Pascua de Cristo para que aquello que nos obtuvo una vez para siempre en la tarde del viernes santo, nos toque el corazón y nos alcance en nuestro presente hasta la vida eterna.

Podemos preguntarnos: ¿cómo es posible que un acontecimiento que ocurrió hace casi dos mil años pueda ser hoy salvación para mí? La respuesta muestra la inmensa sabiduría de Dios: él nos ha enviado al Espíritu Santo y nos ha invitado con su mandato “haced esto en memoria mía”, a invocar al Espíritu y repetir los gestos y palabras de Cristo en la Última Cena para que su salvación nos alcance hoy y se distribuya entre nosotros su gracia, su perdón y su paz.

La fe de la Iglesia es esencialmente fe eucarística y se alimenta de modo particular en la mesa de la Eucaristía. La fe y los sacramentos son dos aspectos complementarios de la vida eclesial. La fe que suscita el anuncio de la Palabra de Dios se alimenta y crece en el encuentro de gracia con el Señor resucitado que se produce en los sacramentos: la fe se expresa en el rito y el rito refuerza y fortalece la fe (Benedicto XVI – *Sacramentum Caritatis*, n. 6).

“ La Eucaristía es memorial del sacrificio de Cristo, en el sentido de que hace presente y actual el sacrificio que Cristo ha ofrecido al Padre, una vez para siempre, sobre la Cruz, en favor de la humanidad.

Compendio CCE, 280

LOS ELEMENTOS DE LA CELEBRACIÓN

El memorial (p.90)

Comunión con la Iglesia (p.90)

La oración de la Iglesia (p.100)

La comunión (p.117)

La asamblea (p.128)

Liturgia y Eucaristía, alma de una Iglesia evangelizadora

Cardenal Cañizares y Jaime Sancho, 2016

Oración

Señor Jesús,
que te haces presente en la Palabra y en la Eucaristía;
que nos animas a vivir la Caridad en nuestras vidas;
que nos haces participar de tu vida
en la comunidad cristiana, en la parroquia.

Cuida en nosotros estos tesoros, estos regalos;
que podamos vivir con fe y amor,
con serenidad y fortaleza,
los distintos momentos de nuestra vida.

Haznos sentir en profundidad y como nuestra
la vida de la Comunidad Parroquial.
Danos tu Espíritu para que la construyamos
según tu voluntad.

Te lo pedimos a ti, que vives y reinas, por los siglos de los siglos.
Amén.

Contemplación

¿Cuál es la importancia de la Eucaristía para la Iglesia?

La celebración de la Eucaristía es el centro de la comunidad cristiana. En ella la iglesia se convierte en Iglesia.

No somos Iglesia porque colaboremos a su sostenimiento, porque nos llevemos bien unos con otros o porque casualmente hayamos caído en una comunidad, sino porque en la Eucaristía recibimos el Cuerpo de Cristo y continuamente somos transformados en el Cuerpo de Cristo (*YouCat* 211).

¿Hemos caído en la cuenta de que la celebración de la Eucaristía es un encuentro con el Señor?

“ Sin la eucaristía dominical no podríamos vivir.

¿No sabes que el cristiano existe para la Eucaristía y la Eucaristía para el cristiano?

Respuesta del mártir Saturnino (año 305) en el interrogatorio por la acusación de haber participado en la asamblea dominical, que estaba prohibida.

“ La Eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia: el mismo Cristo, nuestra Pascua. Expresa y produce la comunión en la vida divina y la unidad en el Pueblo de Dios.

Compendio CEC. 274

¿QUÉ ES MEMORIAL?

Celebrar el memorial del Señor no consiste simplemente en recordarlos, sino es una actualización real, siempre viva y eficaz de la Pascua de Jesús, de su Pasión, Muerte y Resurrección.

¿QUÉ ES LITURGIA?

(del griego *leiturgia* = acción pública, función, servicio del pueblo y para el pueblo):

En la tradición cristiana la Liturgia significa que el Pueblo de Dios participa en la "obra de Dios". El centro de las celebraciones litúrgicas es en primer lugar la sagrada Eucaristía.

Acción

Relación con nuestra vida

Para renovar nuestra participación en la Eucaristía, proponemos revisar tres elementos de la celebración y mejorarlos:

- 1. La asamblea hace memoria de la vida del Señor** y, de modo particular, de su entrega por nosotros. A través de la lectura de la Palabra de Dios, los fieles recuerdan las maravillas del Señor y las hacen presentes en medio del hoy de la celebración. Esta memoria culmina en la repetición de los gestos y palabras de Jesús en la última cena, cuando la Iglesia da gracias a Dios por la entrega del Señor por nosotros y nuestra salvación. La asamblea mira al Padre con agradecimiento y recuerda todo lo que hizo el Señor para salvarnos.
 - ¿Somos Asamblea que se reúne en el nombre del Señor, convocados por Él para celebrar o, simplemente, coincidimos en los horarios?
- 2. Al hacer memoria de Cristo**, Dios se acuerda de su pueblo y, por medio del Espíritu, hace presente al Señor, a través de su Cuerpo y de su Sangre, en medio de la asamblea. A la memoria le sigue la presencia real.
 - Es Cristo quién nos reúne, quien nos convoca. ¿Somos conscientes de esto? ¿Qué supone para nuestra celebración? ¿Y para nosotros?

3. **La presencia real de Cristo** es un don y un regalo que nos permite actualizar el sacrificio del propio Señor. En la plegaria eucarística ofrecemos a Dios “de los mismos dones que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo: pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación” (Canon Romano). El Padre, por medio del Espíritu, nos regala la presencia de Cristo para que podamos ofrecer la ofrenda que nos trae la salvación y así, sacramentalmente, hacemos presente hoy el sacrificio de Cristo y obtenemos la gracia de la salvación.

- Cristo, vivo y resucitado, se hace presente realmente en la celebración de la Eucaristía. **¿Reconocemos a Cristo en nuestra Asamblea Eucarística? ¿Cómo vivimos esa presencia? ¿Cómo veneramos su presencia real?**

Nuestra Parroquia puede ver, en el texto que hemos proclamado, un reflejo de lo que ha de ser, de hacia donde la dirige Dios mismo: unidad de vida, unidad de oración. Unidad que nace y se alimenta, que se concreta y hace vivible en la única y común Eucaristía que celebramos.

¿Cuál es mi implicación en la vida de la comunidad parroquial?

¿Soy perseverante?

¿Cómo muestro, en la vida cotidiana de la Parroquia, mi alegría por ser hijo de Dios?

“Cristo Jesús está presente de múltiples maneras en su Iglesia: en su Palabra, en la oración de su Iglesia, en los pobres, los enfermos, los presos, en los sacramentos de los que Él es autor, en el sacrificio de la misa y en la persona del ministro. Pero, sobre todo, está presente bajo las especies eucarísticas.

*CCE, 1373
Catecismo de la Iglesia Católica*

¿QUÉ ES SACRAMENTO?

(lat. *Sacramentum*= juramento de fidelidad; en la mayoría de los casos usado como traducción del griego *mysterion* = misterio):

Sacramento es el signo visible que hace presente una realidad invisible. Instituidos por Cristo, en los que los cristianos pueden experimentar la presencia de Dios que sana, perdona, alimenta, fortalece y capacita para amar, puesto que en ellos actúa la gracia de Dios.

PRESENCIA DE CRISTO EN LA PALABRA Y EN LA EUCARISTÍA



PRESENCIA DE CRISTO EN LA PALABRA Y EN LA EUCARISTÍA

Oración inicial

Ven, Espíritu Santo,
llena nuestros corazones con el don de tu Palabra,
haz que al escucharla "ardan nuestros corazones";
acompaña nuestras vidas
para que podamos vivir de la Palabra de Cristo.
Haznos atentos al Padre;
ayúdanos a descubrir tu presencia en el mundo
y haznos testigos de tu amor.
Amén.

Lectura del Evangelio según san Lucas *Lc 24, 13-35*

“Aquel mismo día, dos de ellos iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió.

Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron,

diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan”.

Comentario

Este relato, exclusivo de Lucas, presenta a dos discípulos desconocidos, que han perdido la fe en Jesús por el escándalo de la cruz (Lc 24,21). Jesús se les hace el encontradizo en su camino de decepción y les explica las Escrituras. Ellos lo reconocen en el gesto de partir el pan. En el tiempo de la Iglesia, los discípulos de Jesús hemos de abandonar también la idea de un Mesías poderoso y nacionalista (Lc 24,19.21) para creer en un Mesías que por el sufrimiento entra en la gloria (Lc 24.26). Lucas es el único autor del Nuevo Testamento que habla explícitamente del Mesías sufriente (Lc 24.46; Hch 3,18; 17,3; 26,23).

El relato resume y describe el camino catequético-litúrgico de la comunidad de san Lucas. El desarrollo de la misma narración nos lo describe gráficamente. Los ojos de los discípulos no podían reconocer a Jesús resucitado, estaban cerrados. Las esperanzas puestas en Jesús habían quedado frustradas. Era necesaria una mirada especial para reconocer al resucitado. Su fe sólo alcanzaba a ver en Jesús a un profeta de Dios. Su tristeza expresa el fracaso de sus expectativas mesiánicas. La cruz era para ellos el fin de toda esperanza. Interrogados por Jesús sobre lo ocurrido en Jerusalén, los dos personajes nos dan una síntesis de la proclamación eclesial sobre Jesús, pero sólo hasta la muerte (Lc 24,19-24). Falta en su descripción la fe en el Señor resucitado, aunque conocen la tradición de la tumba vacía. Sólo el encuentro con el resucitado puede dar sentido al escándalo de la cruz (1 Cor 1.1B- 25). Sin embargo, la explicación que da Jesús de la Escritura hace que su corazón arda nuevamente, y así pueden reconocerle al partir el pan. Las palabras con las que se describe este último gesto nos evocan la Eucaristía de la Iglesia primi-

tiva. Con ello Lucas quiere recordar a los miembros de su comunidad que al romper el pan (*Hch 2,42.46; 20.7.11*) el encuentro con el resucitado era siempre posible, como les ocurrió a los discípulos de Emaús.

Quiere este relato responder también a una pregunta que se hacían los miembros de la comunidad lucana y que es todavía pertinente. Si Jesús ha resucitado y está vivo, ¿dónde puedo encontrarlo? La respuesta de Lucas es que si Jesús no se revela hoy como el viviente es porque nuestro corazón no está plenamente abierto. Jesús camina muchas veces junto a nosotros como un desconocido (*Lc 24.16; ver Mt 25,31-46*). Y para reconocerlo tenemos que dejarnos guiar por su palabra proclamada en la celebración de la Eucaristía. Entonces se abrirán nuestros ojos y le reconoceremos (*Lc 24.31*).

Meditación

Como los discípulos de Emaús, también nosotros nos encontramos con el Señor en la Eucaristía. Así, la celebración de la Eucaristía está constituida por dos partes bien definidas: la liturgia de la Palabra y la liturgia eucarística. Antes, a través de los ritos iniciales, nos preparamos para recibir a Cristo presente en la Palabra y en el sacramento. Al final de la Misa, el rito de conclusión finaliza la celebración y nos abre al testimonio.

Podemos afirmar que en la Misa compartimos dos "mesas": la mesa de la Palabra, en la que Cristo nos habla y nos instruye en la vida cristiana y la mesa de la Eucaristía, en la que el Señor se nos da como alimento para que podamos llevar adelante nuestra propia vocación bautismal.

En el caso de la mesa de la Palabra, tenemos un lugar concreto, el ambón, desde donde los lectores proclaman los textos bíblicos. Estos textos no se leen directamente de la Biblia sino que, para facilitar su lectura, se publican en libros especiales donde se indican los textos de cada día llamados leccionarios.

Cada celebración de la Eucaristía lleva asociados unos textos bíblicos diferentes, escogidos de una forma determinada. El esquema general de las lecturas que se proclaman en la Misa lo encontramos en la *Ordenación General de las Lecturas de la Misa (OGLM)*, justo al inicio de cada volumen del leccionario.

“ Junto a la mesa está el ambón, es decir, el lugar desde el que se proclama la Palabra de Dios: y esto indica que allí se reúnen para escuchar al Señor que habla mediante las Sagradas Escrituras, y, por lo tanto, el alimento que se recibe es también su Palabra.

Francisco
5 de febrero de 2014

“ Al considerar la Iglesia como «casa de la Palabra», se ha de prestar atención ante todo a la sagrada liturgia. En efecto, éste es el ámbito privilegiado en el que Dios nos habla en nuestra vida, habla hoy a su pueblo, que escucha y responde. Todo acto litúrgico está por su naturaleza empapado de la Sagrada Escritura.

Benedicto XVI
Exhortación Apostólica Postsinodal
Verbum Domini, n.52

“ La liturgia de la Palabra comprende los escritos de los profetas, es decir, el Antiguo Testamento, y las memorias de los Apóstoles, es decir sus cartas y los Evangelios; después la homilía que exhorta a acoger esta palabra como lo que es verdaderamente, Palabra de Dios y a ponerla en práctica.

CCE, 1349

Catecismo de la Iglesia Católica

“ El año litúrgico, que hace presente y expone siempre de un modo nuevo la vida de Cristo, es la mayor obra de arte de los hombres. Y Dios se ha declarado a su favor y nos lo concede año tras año, nos lo regala en una luz siempre nueva como si uno se lo encontrara por primera vez.

Jochen Klepper

(1903-1942, escritor alemán)

En general, las lecturas de la Misa se han seleccionado a través de dos criterios diferentes.

En los domingos de los tiempos fuertes (Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua) se ha preferido el criterio de lectura coordinada, es decir, que a partir de una de las lecturas, normalmente el evangelio, se han escogido el resto de lecturas con la misma temática o siguiendo un programa.

En los domingos del tiempo ordinario se ha escogido el criterio de lectura semicontinua. De esta manera cada domingo se va leyendo uno de los evangelios (Mateo, Marcos o Lucas dependiendo del año) de forma prácticamente progresiva. A este fragmento del evangelio se le incorpora una lectura del Antiguo Testamento que coordina con él. La segunda lectura, habitualmente de una carta de san Pablo, sigue un programa propio y no coordina con las otras dos lecturas.

En la misa diaria, lo habitual en los tiempos fuertes es que la primera lectura y el Evangelio coordinen entre sí. Sin embargo, durante el tiempo ordinario se sigue una lectura semicontinua de cada una de las lecturas que no coinciden en la temática.

Oración

Señor Jesús,
en el caminar de nuestras vida, en nuestro camino de Emaús,
muchas veces no te reconocemos.

Andamos pensando en nuestras cosas,
en nuestras preocupaciones,
en nuestras soluciones para este mundo,
complejo, complicado y desorientado
en el que vivimos.

Tú caminas a nuestro lado y, aun sin que nos demos cuenta,
alientas nuestro transitar por el mundo.
nos hablas al corazón,
nos descubres tu Palabra,
que nos ilumina y nos hace arder;
nos acompañas hasta casa y partes el Pan para nosotros.

Ahí te reconocemos;
ahí entendemos tu Palabra;
ahí nos sentimos enviados a contar a todos
que te hemos visto, que te hemos oído.

Concédenos, Señor,
descubrirte en la Eucaristía,
en tu Palabra que se proclama
y en la Comunidad que se reúne.

Te lo pedimos a ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

“ Queridos amigos, no agradeceremos nunca bastante al Señor por el don que nos ha hecho en la Eucaristía. Al recibir la Comunión, este pan que es cuerpo de Jesús que nos salva, nos perdona, nos une al Padre.

*Francisco
5 de febrero de 2014*

“ La Eucaristía es fuente y culmen de toda la vida cristiana. En ella alcanzan su cumbre la acción santificante de Dios sobre nosotros y nuestro culto a Él. La Eucaristía contiene todo el bien espiritual de la Iglesia: el mismo Cristo, nuestra Pascua. Expresa y produce la comunión en la vida divina y la unidad del Pueblo de Dios. Mediante la celebración eucarística nos unimos a la liturgia del cielo y anticipamos la vida eterna.

Compendio CEC. 274

Contemplación

La Mesa de la Palabra

En los libros de la Biblia, Dios, que nos habla, nos enseña cómo podemos hablar con él.

Como dice San Agustín: “Tu oración es un coloquio con Dios. Cuando lees, Dios te habla; cuando oras, hablas tú a Dios”.

Así toda nuestra existencia se convierte en un diálogo con Dios que habla y escucha, que llama y mueve nuestra vida.

Dios me habla. ¿Qué le digo? ¿Qué respondo?

La Mesa de la Eucaristía

Los cristianos creemos que Cristo resucitado está verdaderamente presente en el pan consagrado. Al comulgar, Jesús resucitado nos une a Él y nos da la fuerza del Espíritu Santo para vivir como hermanos de una misma familia.

Al acercarme a comulgar es Cristo quien viene a mí.

¡Qué grandeza! ¡Qué alegría!

Y yo, ¿me doy cuenta de este encuentro? ¿Soy consciente de este acontecimiento?

LOS ELEMENTOS DE LA CELEBRACIÓN

El ambón (p.46)

El altar (p.46)

El Leccionario (p.55)

El Evangelionario (p.56)

El cáliz y la patena (p.57)

El sagrario (p.60)

La liturgia de la Palabra (p.76-80)

La liturgia de la Eucaristía (p.81-97)

*Liturgia y Eucaristía,
alma de una Iglesia evangelizadora*

*Cardenal Cañizares y
Jaime Sancho, 2016*

“ La dignidad de la Palabra de Dios exige que en la Iglesia haya un sitio reservado para su anuncio, hacia el que durante la liturgia de la Palabra se vuelva espontáneamente la atención de los fieles.

*Ordenación General
del Misal Romano, 272*

“ Cuando participamos de la misa, nos encontramos con hombres y mujeres de todo tipo: jóvenes, ancianos, niños; pobres y acomodados; originarios del lugar y extranjeros; acompañados de familiares y solos. ¿Pero la Eucaristía que celebramos, me lleva a sentirlos a todos como hermanos y hermanas? ¿Hace crecer en mí la capacidad de alegrarme con quien se alegra y de llorar con quien llora?...

*Francisco
12 de febrero de 2014*

“ Lo primero que hacemos siempre es leer el Evangelio. Cerramos los ojos y, en silencio, seamos conscientes de lo que vamos a hacer: Voy a escuchar a Jesús. Dios me va a hablar. Hacemos un breve silencio y escuchamos.

*De la introducción al Itinerario
Diocesano de Formación (IDF)*

Acción

Relación con nuestra vida

Muchos somos los de siempre. Otros se van incorporando a la vida de la parroquia, a la comunidad cristiana. Para unos y otros existe un peligro: que permanezcamos, que nos incorporemos porque nos gusta el “mensaje” del evangelio, su radicalidad, su fuerza, pero no descubramos, no conozcamos, no creamos en Jesús. Eso es lo que les pasa a los discípulos de Emaús.

Ellos, ahora nosotros, reconocen a Jesús, a quien han tenido a su lado, a quien han escuchado hablar, a quien han acompañado por los caminos de Galilea, cuando les parte el Pan y les explica las Escrituras.

- Cuando participamos en la Eucaristía, **¿reconocemos la presencia de Jesús?**
- Al escuchar la proclamación de la Palabra de Dios, **¿somos conscientes de escuchar a Jesús, que nos habla?**
- Sería un buen momento para conocer los nuevos Leccionarios y saber algo más de cómo se distribuyen las lecturas.

¿Qué os parece si preparamos la celebración de la Eucaristía del próximo domingo?

- Podríamos comprometernos a preparar nuestra participación en la Misa leyendo, antes de la celebración, los textos que se van a proclamar.
- Si he de ejercer el ministerio de lector, he de prepararme, no sólo “releyendo las lecturas” sino, sobre todo, haciendo oración con ellas y pidiendo al Señor que me haga digno anunciador de su Palabra. También será importante que cuide la dicción, el tono, los acentos...
- Cantar, al menos la respuesta, del Salmo responsorial.
- La Parroquia podría ayudarnos a conocer, más y mejor, la ordenación de los leccionarios.

Vivir la Eucaristía es fundamental para nuestra vida.

Tenemos que preguntarnos: **¿qué podemos hacer para mejorar nuestra vivencia?**

“ Al despedirse, Jesús no deja a sus amigos un símbolo, sino la realidad de Sí mismo. Va junto al Padre, pero permanece entre nosotros los hombres.

No deja un simple objeto para evocar su memoria. Bajo las especies del pan y del vino está Él, realmente presente, con su Cuerpo y su Sangre, su alma y su divinidad.

¡Cuántas veces en nuestra vida hemos visto separarse a dos personas que se aman! Y en la hora de la partida, un gesto, una fotografía, un objeto que pasa de una mano a otra para prolongar de algún modo la presencia en la ausencia. Y nada más. El amor humano sólo es capaz de estos símbolos.

En testimonio y como lección de amor, en el momento de la despedida, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (Jn 13, 1).

*San Juan Pablo II
Fortaleza (Brasil), 9 de julio de 1980*

LA PARTICIPACIÓN DE LOS FIELES EN LA EUCARISTÍA



LA PARTICIPACIÓN DE LOS FIELES EN LA EUCARISTÍA

Oración inicial

Ven, Espíritu Santo,
llena nuestros corazones con el don de tu Palabra,
haz que al escucharla "ardan nuestros corazones";
acompaña nuestras vidas
para que podamos vivir de la Palabra de Cristo.
Haznos atentos al Padre;
ayúdanos a descubrir tu presencia en el mundo
y haznos testigos de tu amor.
Amén.

Lectura del Evangelio según san Juan *Jn 6, 4-14*

“Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. Jesús entonces levantó los ojos y, al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe: «¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?». Lo decía para probarlo, pues bien sabía él lo que iba a hacer. Felipe le contestó: «Doscientos denarios de pan no bastan para que a cada uno le toque un pedazo». Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice: «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es eso para tantos?». Jesús dijo: «Decid a la gente que se sienten en el suelo».

Había mucha hierba en aquel sitio. Se sentaron; sólo los hombres eran unos cinco mil. Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados, y lo mismo todo lo que quisieron del pescado. Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: «Recoged los pedazos que han sobrado; que nada se pierda». Los recogieron y llenaron doce canastos con los pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido. La gente entonces, al ver el signo que había hecho, decía: «Éste es verdaderamente el Profeta que va a venir al mundo»”.

Comentario

San Juan quiere presentarnos, en este relato, que Jesús es el Señor. Toda la situación se halla bajo su control; él sabe perfectamente lo que tiene que hacer. Jesús tiene la iniciativa en todo momento. Él se adelanta a la necesidad que, en la presentación que hacen los sinópticos de la misma escena (*Mc 6,35-36* y par.), le es manifestada a Jesús por sus discípulos. El relato de Juan es como una parábola en acción que pretende destacar la finalidad por la que Jesús vino a este mundo.

Se acentúa su preocupación por el hombre para responder a sus necesidades más profundas. La gente seguía a Jesús porque veía los signos que hacía con los enfermos. Este hecho extraordinario evoca en la gente la figura de Moisés dando de comer al pueblo en el desierto. Deducen que Jesús es el profeta semejante a Moisés, y quieren hacerle rey (*In 6,14s*). Jesús aparece como el personaje central del relato.

El cuarto evangelio es el que nos ofrece más pistas sobre la relación de este pasaje con la Eucaristía: la lectura de *Jn 6,11* nos suena ya a celebración eucarística. Dentro del mismo merece mención especial el verbo "dar gracias". Es el verbo utilizado en la Última Cena (*Mc 14,23* y par.) y en la referencia que Pablo hace a ella (*1 Cor 11,24*). A comienzos del siglo II ya se había convertido en término técnico para designar la celebración eucarística (*Didaje 9,5; 10,1 s*).

Más que de la multiplicación de los panes habría que hablar de la multiplicación del "pan". Es evidente que el interés del narrador no está centrado en el hecho en sí, sino en su significado. En la mente del evangelista el milagro debe ser considerado como signo, que

apunta a otro pan que puede saciar toda clase de hambre. Así lo pondrán de relieve tanto el discurso sobre el pan de la vida como el discurso eucarístico. Pero es todo el conjunto el que nos ofrece la base para afirmar que el evangelista intenta que sus lectores entiendan el relato como el signo de la salvación, que Jesús ha traído para los hombres. Es el cumplimiento de las esperanzas asociadas a la Pascua: la liberación total del hombre de sus esclavitudes, incluida la de la muerte; es la superación de lo que parece imposible a los hombres (sólo se les ocurre pensar en el dinero: doscientos denarios, o lo que es igual, doscientos jornales, no servirían de mucho); es un gesto sólo comprensible desde la fe.

El poder de Jesús no debe ser mal entendido. Acepta ser "el profeta que haba de venir". Niega ser el rey, que ellos esperaban. Se anticipa aquí la afirmación que hace el mismo Jesús ante Pilato: "Mi reino no es de este mundo" (Jn 18,36). Jesús, en cuanto el enviado del Padre, no tiene pretensiones políticas; no entra en colisión con el César; el campo de sus competencias es distinto. De este modo se defendía también a la comunidad cristiana, que estaba siendo acusada por los judíos ante Roma de ser un movimiento político-revolucionario en lucha contra el imperio (Hch 17,7).

“Tengamos presente que la Eucaristía no es algo que hacemos nosotros; no es una conmemoración nuestra de lo que Jesús dijo e hizo. No. Es precisamente una acción de Cristo. Es Cristo quien actúa allí, que está en el altar. Es un don de Cristo, quien se hace presente y nos reúne en torno a sí, para nutrirnos con su Palabra y su vida.

*Francisco
12 de febrero de 2014*

“Mi catequista al prepararme para el día de mi Primera comunión, me dijo que Jesús está presente en la Eucaristía. Pero, ¿cómo? Yo no lo veo.

Sí, no lo vemos, pero hay muchas cosas que no vemos y que existen y son esenciales. Por ejemplo, no vemos nuestra razón; y sin embargo, tenemos la razón. No vemos nuestra inteligencia, y la tenemos. En una palabra, no vemos nuestra alma y, sin embargo, existe y vemos sus efectos, porque podemos

Meditación

El Concilio Vaticano II quiso que los fieles no asistieran a la celebración de la Eucaristía como mudos espectadores sino que, al contrario, participaran consciente, activa y piadosamente mediante los ritos y las plegarias para obtener así un mayor fruto espiritual de la Misa.

Ahora bien, en algunos momentos se pueden confundir dos términos que son similares pero que, al referirnos a la Eucaristía, no significan lo mismo: participar e intervenir.

Participar significa tomar parte en una acción, en este caso, en la celebración de la Misa. La participación se desarrolla a través de los ritos y de las plegarias: hacemos la señal de la cruz, nos arrodillamos, cantamos, respondemos, etc. Pero esa participación exterior es en realidad un apoyo que nos introduce en la verdadera participación que es espiritual e interior. Por ejemplo, al arrodillarnos realizamos un gesto físico, corporal, que expresa una realidad espiritual que es la adoración.

Para que la celebración de la Misa pueda desarrollarse y todos podamos tener esta participación espiritual e interior es necesario que algunos miembros de la asamblea desarrollen algunos servicios: **preparar la celebración, presidir, leer, dirigir el canto, presentar las ofrendas, pasar la colecta.** Todo esto son in-

tervenciones, necesarias para que podamos celebrar la Misa, pero son únicamente una ayuda para que todos podamos participar mejor en la celebración.

En no pocas ocasiones se ha confundido participar con intervenir. Da la sensación de que si no hacemos algo concreto en la Misa participamos menos en la celebración. Como si el sacerdote por el hecho de presidir la Eucaristía participara más plenamente en ella. Más bien puede llegar a ser lo contrario, pues al poner el acento en la intervención concreta es más fácil descuidar la vivencia espiritual de la celebración.

hablar, pensar, decidir, etc. Así, tampoco vemos, por ejemplo, la corriente eléctrica y, sin embargo, vemos que existe, vemos cómo funciona este micrófono, vemos las luces.

Del mismo modo, tampoco vemos con nuestros ojos a Jesús resucitado, pero vemos que donde está Jesús los hombres cambian, se hacen mejores. Se crea mayor capacidad de paz, de reconciliación, etc. Por consiguiente no vemos al Señor mismo, pero vemos sus efectos: así podemos comprender que Jesús está presente.

Encuentro de catequesis con los niños de Primera Comunión con Benedicto XVI

*El Santo Padre respondió a las preguntas que le dirigían los niños.
15 de octubre de 2005*

Oración

Nosotros preocupados con lo de siempre, "con qué compraremos",
y tú, Señor, sólo necesitas lo poco que podemos tener,
nos necesitas a nosotros, lo poco que somos,
para alimentar a todos
con el don de tu Cuerpo y de tu Sangre en la Eucaristía.

Nosotros, como aquel muchacho,
no tenemos suficiente
para alimentar a todos,
para que a cada uno le toque un pedazo.

Y tú, Señor, nos enseñas a entregar lo que tenemos,
lo que somos.

Nos enseñas a ponernos en tus manos,
a poner a tu disposición nuestras cualidades,
nuestros dones y carismas,
para que tú los multipliques a favor de todos.

Haznos generosos con los bienes que Tú mismo nos has dado.
Haznos atentos a las necesidades de los demás,
haz que descubramos la fuerza de la vida de la comunidad,
la necesidad de compartir lo poco que tenemos.

Te lo pedimos a ti, que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

Contemplación

El momento actual requiere revisar en nuestras celebraciones la participación de los fieles y llevarlos de una espiritualidad de la intervención a una espiritualidad de la participación, que es la querida por el Concilio. Para ello habrá que formar en primer lugar a los que ejercen los distintos servicios y ministerios en la celebración de manera que actúen como servidores de la asamblea evitando toda forma de apropiación o protagonismo. Al mismo tiempo, hay que hacer crecer en los fieles la necesidad de ir concordando nuestros gestos y plegarias con la actitud interior de cada momento de la celebración.

Fomentar una espiritualidad de la participación traerá beneficios a la asamblea. Nos ayuda a entrar en sintonía con cada momento de la Misa, nos ayuda a no distraernos, pues a cada rito o plegaria le corresponde una actitud interior concreta, nos permite permanecer en oración y concentrarnos en aquello que celebramos. Todo ello para que la Eucaristía toque nuestra interioridad y no se quede en un rito que hay que cumplimentar.

“ El sacerdote no es simplemente alguien que detenta un oficio. Hace lo que ningún ser humano puede hacer por sí mismo. Pronuncia sobre las ofrendas del pan y del vino las palabras de acción de gracias de Cristo, que son palabras de transubstanciación, palabra que lo hacen presente a Él mismo, el Resucitado, su Cuerpo y su Sangre transformando así los elementos del mundo; son palabras que abren el mundo a Dios y lo unen a Él. Por tanto, el sacerdocio no es un simple «oficio», sino un sacramento: Dios se vale de un hombre con sus limitaciones para estar, a través de Él presente entre los hombres y actuar en su favor. Esta audacia de Dios que, aun conociendo nuestras debilidades considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar, es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra «sacerdocio».

*Benedicto XVI
Clausura del Año Sacerdotal, 2010*

“ No se puede esperar una participación activa en la liturgia eucarística cuando se asiste superficialmente, sin antes examinar la propia vida. Favorece dicha disposición interior, por ejemplo, el recogimiento y el silencio, al menos unos instantes antes de comenzar la liturgia, el ayuno y, cuando sea necesario, la confesión sacramental. Un corazón reconciliado con Dios permite la verdadera participación.

*Benedicto XVI
Sacramentum Caritatis, n. 55*

“ No podemos separar nuestra vida de la Eucaristía. En el momento en que lo hacemos algo se rompe. Las personas nos preguntan: ¿De dónde sacan las hermanas la alegría y la fuerza para hacer lo que hacen? La Eucaristía no supone sólo el recibir; supone también el saciar el hambre de Cristo. Él dice: “Ven a mí”. Tiene hambre de almas.

Santa Teresa de Calcuta

¿Caemos en la cuenta que nuestra participación en la celebración de la Eucaristía nace de nuestras actitudes de ofrenda, de acción de gracias, de petición de perdón...?

- Un buen compromiso personal será descubrir mi modo de participar, espiritual y materialmente, en la celebración.
- También será importante fomentar, despertar y preparar, los distintos ministerios.

Acción

Relación con nuestra vida

La celebración de la Misa cada domingo, cada día, requiere de una cuidada preparación y de unos ministerios: los responsables de la acogida, de la preparación de la celebración; los lectores y acólitos, los ministros extraordinarios de la Comunión; los cantores; los sacerdotes y diáconos; la asamblea que se reúne para celebrar...

Participar no es "hacer cosas". Nunca somos meros espectadores. Siempre somos protagonistas de lo que ocurre durante la celebración.

- **Cuál es mi disposición, ¿ver qué pasa? ¿Incorporarme a la comunidad, a la asamblea que celebra?**
- **¿Cuál es mi ministerio?**
- **¿Están presentes los distintos ministerios en mi parroquia (lector, acólito, salmista...)?**
- **¿Cómo mejorar nuestra participación personal? ¿Qué podemos hacer?**

LOS ELEMENTOS DE LA CELEBRACIÓN

La nave (p.41)

Gestos y actitudes (p.112-117)

Los participantes (p.128-139)

*Liturgia y Eucaristía,
alma de una Iglesia evangelizadora*
Cardenal Cañizares y
Jaime Sancho, 2016

“ En el año 1973 acordamos dedicar una hora de cada día a la adoración. Tenemos mucho trabajo. Todas nuestras casas para pobres, enfermos y moribundos están hasta arriba. Pero desde que oramos un hora al día, nuestro amor a Jesús se ha vuelto más íntimo, nuestro amor por los pobres más comprensivo y el número de vocaciones se ha duplicado.

Santa Teresa de Calcuta

LA EUCARISTÍA, MODELO Y CENTRO DE LA EVANGELIZACIÓN



LA EUCARISTÍA, MODELO Y CENTRO DE LA EVANGELIZACIÓN

Oración inicial

Ven, Espíritu Santo,
llena nuestros corazones con el don de tu Palabra,
haz que al escucharla "ardan nuestros corazones";
acompaña nuestras vidas
para que podamos vivir de la Palabra de Cristo.
Haznos atentos al Padre;
ayúdanos a descubrir tu presencia en el mundo
y haznos testigos de tu amor.
Amén.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 1 Cor 11, 25-26

“Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía».

Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva”.

Comentario

San Pablo nos presenta el relato de la institución de la Eucaristía más antiguo dentro de la tradición literaria del Nuevo Testamento. Data aproximadamente del año 56 mientras que los relatos sinópticos de Marcos, Mateo y Lucas son bastante posteriores. Sin embargo, hay que tener en cuenta que todos —tanto Pablo como los sinópticos— utilizan materiales previamente formulados y fijados en un contexto litúrgico-cultural. La fórmula paulina se remonta a los años 40 y tendría su marco ambiental en Antioquía de Siria.

La aportación de Pablo al tema de la Eucaristía en este pasaje es doble. Una compartida con otros autores del Nuevo Testamento y se refiere sobre todo a tres aspectos:

- a) La que podemos llamar dimensión cristológica, es decir, la afirmación de la presencia real del Señor resucitado en el misterio del pan y del vino consagrados;
- b) la dimensión pascual, o actualización sacramental del misterio de la muerte y resurrección de Jesús; y
- c) la dimensión escatológica, en cuanto la Eucaristía es signo y anticipo de la definitiva paz y unidad que tendrá lugar cuando se consume la historia de la salvación.

La otra aportación, la específicamente paulina, se concentra en la dimensión eclesial y en la dimensión ético-moral de la Eucaristía. Nadie como san Pablo, entre los autores del Nuevo Testamento, ha puesto tan de relieve el papel que en la vida de la Iglesia juega la Eucaristía. En la Eucaristía ve la más fuerte exigencia de vivencia fraternal, de comunión eclesial.

En cuanto a la dimensión ético-moral es claro que Pablo está suponiendo un compromiso serio y permanente con el Señor y con los hermanos por parte de cualquiera que desee participar consecuentemente en la mesa eucarística.

Tampoco nosotros podemos separar el banquete eucarístico, que es esencialmente banquete fraternal, de la exigencia de fraternidad en el resto de la vida. Y cuando Pablo está pidiendo a los corintios que se *examine cada uno a sí mismo antes de comer el pan y beber el cáliz*, nos está pidiendo a nosotros que hagamos exactamente lo mismo.

“ La Eucaristía es mucho más que un simple banquete: es precisamente el memorial de la Pascua de Jesús. “Memorial” no significa sólo un recuerdo, un simple recuerdo, sino que quiere decir que cada vez que celebramos este sacramento participamos en el misterio de su Pasión, muerte y resurrección.

*Francisco
5 de febrero de 2014*

“ Cristo se queda en medio de nosotros. No sólo durante la Misa, sino también después, bajo las especies reservadas en el Sagrario. Y el culto eucarístico se extiende a todo el día, sin que se limite a la celebración del Sacrificio. Es un Dios cercano, un Dios que nos espera, un Dios que ha querido permanecer con nosotros. Cuando se tiene fe en esa presencia real, ¡qué fácil resulta estar junto a Él, adorando al amor de los amores!

*San Juan Pablo II
Lima, 15 de junio de 1988*

Meditación

¿De qué modo está presente Cristo cuando se celebra la Eucaristía? (YouCat 216)

Cristo está misteriosa pero realmente presente en el sacramento de la Eucaristía. Cada vez que la Iglesia realiza el mandato de Jesús “Haced esto en memoria mía” (1 Cor 11,25), parte el pan y ofrece el cáliz, sucede hoy lo mismo que sucedió entonces: Cristo se entrega verdaderamente por nosotros y nosotros tomamos realmente parte en él. El sacrificio único e irrepetible de Cristo en la cruz se hace presente sobre el altar; se realiza la obra de nuestra redención [1362-1367].

La celebración de la Eucaristía es la acción pastoral más importante de la Iglesia y ninguna otra se le puede comparar. Esto es debido a que en la Misa hacemos presente el sacrificio de Cristo en la cruz y participamos del don de la redención a través de la gracia que recibimos.

Por ser, pues, la acción pastoral central de la vida de la Iglesia es también el modelo de toda acción evangelizadora de la comunidad cristiana. Veamos por qué.

En la Eucaristía se reúne la Iglesia para celebrar las maravillas del Señor. La evangelización parte de una comunidad cristiana que toma conciencia de lo que el mismo Cristo ha hecho por ella y, agradecida, sale

a anunciar aquello que ha contemplado y experimentado. La Eucaristía nos hace tener experiencia de Cristo vivo y resucitado que es a quien anunciamos al evangelizar.

La liturgia de la Palabra nos permite ir conociendo mejor al Señor y su mensaje. A través de la escucha atenta de las lecturas y, singularmente, del relato de los evangelios, los cristianos vamos adquiriendo el contenido de nuestra fe y vamos aprendiendo a vivir como discípulos. El anuncio del evangelio parte del conocimiento de la Palabra de Dios que acogemos en la Eucaristía.

La contemplación del sacrificio de Cristo en la cruz, de cómo el Señor ha dado su vida por mí y por la humanidad, nos lleva a la imitación de su ejemplo. Dice la primera carta de san Pedro que Cristo murió por nosotros, dejándonos un ejemplo, para que sigamos sus huellas. En la base de la acción evangelizadora de la Iglesia se encuentra el testimonio de vida de los creyentes, de los que seguimos las huellas de Cristo. Nuestra vida, si es como la de Cristo, es un testimonio relevante que manifiesta a una Iglesia que quiere evangelizar y contagiar a todos la pasión por el evangelio.

¿QUÉ ES TRANSUBSTANCIA- CIÓN?

(del lat. *Trans*= a través, por encima, y *substantia*= esencia, substancia):

Es un intento central de la Teología para explicar cómo puede estar Jesús presente en la Eucaristía bajo los dones del pan y del vino: Mientras que las "sustancias" (es decir, la esencia) de pan y vino se transforman, por la acción del Espíritu Santo en las palabras de la consagración, en el Cuerpo y la sangre de Cristo, las formas externas (especies) se mantienen. Jesús está presente en lo que parece pan y vino, si bien de forma invisible y escondida, mientras se conservan las especies.

Oración

"He recibido una tradición" que me cuenta, Señor,
el amor tan grande que me tienes,
lo que has hecho y haces para salvarme,
para llevarme a tu Reino,
para hacerme vivir tu Vida.

"He recibido una tradición" que no está anclada en el pasado,
que no me hace mirar atrás,
sino que me envía hacia delante,
a descubrirte vivo y presente en el mundo.

"He recibido una tradición" que me incorpora a una historia,
a la Historia del amor de Dios a los hombres.

Con estas palabras, Señor,
encargaste a tus Apóstoles
reunir después de tu muerte a los discípulos,
para hacer lo mismo que Tú hiciste:
partir el Pan, beber del Cáliz de la salvación.

Lo hiciste para que anunciáramos e hiciéramos presente
tu muerte salvadora y tu resurrección gloriosa.

Cada vez que comemos de este pan y bebemos del cáliz,
proclamamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas.

Haznos fieles discípulos y anunciadores alegres de tu vida.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

Contemplación

En la Eucaristía se nos envía al mundo para reproducir lo que en ella hemos vivido. De hecho la palabra "Misa" con que denominamos a la celebración significa envío. Así, pues, somos enviados a transmitir aquello que experimentamos: un Dios que nos ama y que ha dado la vida por nosotros para que nosotros mismos demos la vida por los demás.

La vida de la caridad es, por tanto, una continuación lógica de la celebración de la Misa. Si el Señor ha dado la vida por mí, gratuita e inmerecidamente, yo me convierto gracias al sacramento recibido en continuador de la obra de amor y misericordia de Dios en el mundo.

¿Qué significa para nosotros que la Eucaristía es fuente y culmen de toda la acción evangelizadora?

No podemos ser cristianos sin la Eucaristía. Es la experiencia que hemos heredado.

A principios del siglo IV el cristianismo estaba todavía prohibido.

Cristianos del norte de África desafiaron la prohibición. Fueron martirizados diciendo que no podían vivir sin la Eucaristía.

Nosotros tampoco podemos vivir sin participar en el sacramento de nuestra salvación y deseamos llevar a la vida lo que celebramos en el día del Señor.

¿Qué tiene de extraño que deseemos vivir según la novedad introducida por Cristo con el misterio de la Eucaristía? (Benedicto XVI - *Sacramentum Caritatis*, 95).

“ Pero la Eucaristía que celebramos, ¿me impulsa a ir hacia los pobres, los enfermos, los marginados? ¿Me ayuda a reconocer en ellos el resto de Jesús? Todos nosotros vamos a misa porque amamos a Jesús pero, ¿amamos, como quiere Jesús, a aquellos hermanos y hermanas más necesitados? ”

Francisco
12 de febrero de 2014

“ En la comunidad cristiana, los discípulos de Jesús se alimentan en una doble mesa: “la de la Palabra de Dios y la del Cuerpo de Cristo”. El Evangelio y la Eucaristía son su constante alimento en el peregrinar hacia la casa del Padre. La acción del Espíritu Santo hace que el don de la comunión y el compromiso de la misión se ahinden y se vivan de manera cada vez más profunda. ”

DGC, 70
Directorio General para
la Catequesis

“Cristo se trocó en pan de vida. Convirtiéndose en pan, se puso por completo a nuestra disposición de manera que, tras alimentarnos con Él, tuviésemos la fuerza necesaria para entregarnos a los demás.

Santa Teresa de Calcuta

“Se ve nuestra unión con Jesús Eucaristía en si tratamos o no de estar reconciliados con nuestros enemigos, en si perdonamos a quienes nos hieren u ofenden. Quedará verificado si practicamos en la vida lo que nos enseña nuestra fe.

San Juan Pablo II

“Si lo recibís bien, seréis vosotros lo mismo que recibís.

*San Agustín
Sermón 227*

Acción

Relación con nuestra vida

La celebración de la Eucaristía parte de la vida de los fieles. A ella llevamos los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia (GS, 1). Nos reunimos en su nombre y en la asamblea litúrgica hacemos presente a Cristo en medio del mundo.

¿Cómo llevamos la Eucaristía a la vida? ¿Cómo la hacemos presente en nuestra vida? ¿De qué manera?

Los cristianos creemos que Cristo resucitado está verdaderamente presente en el pan consagrado. Por eso, la Iglesia introdujo la costumbre de orar ante el Cuerpo de Cristo guardado en los sagrarios o tabernáculos de nuestros templos y adorarlo.

Jesús permanece día y noche con nosotros porque nos ama. Delante del sagrario podemos adorarlo, abrirle nuestro corazón, explicarle nuestras cosas, pedirle por otros y por nosotros mismos. Tratarle como a un amigo. Una pequeña luz encendida al lado del sagrario es la señal de la presencia del Señor.

¿Qué podemos hacer para fomentar la adoración de la Eucaristía en nuestra vida y en nuestra parroquia?

Propuesta: preparar un momento de oración ante el sagrario.

Los laicos cristianos, en virtud del Bautismo y de la Confirmación, y fortalecidos por la Eucaristía, están llamados a vivir la novedad radical traída por Cristo precisamente en las condiciones comunes de la vida. Han de cultivar el deseo de que la Eucaristía influya cada vez más profundamente en su vida cotidiana, convirtiéndolos en testigos visibles en su propio ambiente de trabajo y en toda la sociedad (Benedicto XVI – *Sacramentum caritatis*, n. 79)

LOS ELEMENTOS DE LA CELEBRACIÓN

Bendición y despedida (p.99)

La misión (p.122)

Pentecostés (p.156)

*Liturgia y Eucaristía,
alma de una Iglesia evangelizadora*
Cardenal Cañizares y
Jaime Sancho, 2016

“A quienes dicen admirar mi coraje tengo que decirles que carecería por completo de él si no estuviese convencida de que cada vez que toco el cuerpo de un leproso, el de alguien que despiden un olor insoportable, estoy tocando el cuerpo de Cristo, el mismo Cristo a quien recibo en la Eucaristía.

Santa Teresa de Calcuta

CATEQUESIS DEL PAPA FRANCISCO

PAPA FRANCISCO

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 5 de febrero de 2014

Hoy os hablaré de la Eucaristía.

La Eucaristía se sitúa en el corazón de la «iniciación cristiana», juntamente con el Bautismo y la Confirmación, y constituye la fuente de la vida misma de la Iglesia. De este sacramento del amor, en efecto, brota todo auténtico camino de fe, de comunión y de testimonio.

Lo que vemos cuando nos reunimos para celebrar la Eucaristía, la misa, nos hace ya intuir lo que estamos por vivir. En el centro del espacio destinado a la celebración se encuentra el altar, que es una mesa, cubierta por un mantel, y esto nos hace pensar en un banquete. Sobre la mesa hay una cruz, que indica que sobre ese altar se ofrece el sacrificio de Cristo: es Él el alimento espiritual que allí se recibe, bajo los signos del pan y del vino. Junto a la mesa está el ambón, es decir, el lugar desde el que se proclama la Palabra de Dios: y esto indica que allí se reúnen para escuchar al Señor que habla mediante las Sagradas Escrituras, y, por lo tanto, el alimento que se recibe es también su Palabra.

Palabra y pan en la misa se convierten en una sola cosa, como en la Última Cena, cuando todas las palabras de Jesús, todos los signos que realizó, se condensaron en el gesto de partir el pan y ofrecer el cáliz, anticipo del sacrificio de la cruz, y en aquellas palabras: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo... Tomad, bebed, ésta es mi sangre».

El gesto de Jesús realizado en la Última Cena es la gran acción de gracias al Padre por su amor, por su misericordia. «Acción de gracias» en griego se dice «eucaristía». Y por ello el sacramento se llama Eucaristía: es la suprema acción de gracias al Padre, que nos ha amado tanto que nos dio a su Hijo por amor. He aquí por qué el término Eucaristía resume todo ese gesto, que es gesto de Dios y del hombre juntamente, gesto de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Por lo tanto, la celebración eucarística es mucho más que un simple banquete: es precisamente el memorial de la Pascua de Jesús, el misterio central de la salvación. «Memorial» no significa sólo un recuerdo, un simple recuerdo, sino que quiere decir que cada vez que celebramos este sacramento participamos en el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. La Eucaristía constituye la cumbre de la acción de salvación de Dios: el Señor Jesús, haciéndose pan partido por nosotros, vuelca, en efecto, sobre nosotros toda su misericordia y su amor, de tal modo que renueva nuestro corazón, nuestra existencia y nuestro modo de relacionarnos con Él y con los hermanos.

Es por ello que comúnmente, cuando nos acercamos a este sacramento, decimos «recibir la Comunión», «comulgar»: esto significa que en el poder del Espíritu Santo, la participación en la mesa eucarística nos conforma de modo único y profundo a Cristo, haciéndonos gustar ya ahora la plena comunión con el Padre que caracterizará el banquete celestial, donde con todos los santos tendremos la alegría de contemplar a Dios cara a cara.

Queridos amigos, no agradeceremos nunca bastante al Señor por el don que nos ha hecho con la Eucaristía. Es un don tan grande y, por ello, es tan importante ir a misa el domingo. Ir a misa no sólo para rezar, sino para recibir la Comunión, este pan que es el cuerpo de Jesucristo que nos salva, nos perdona, nos une al Padre. ¡Es hermoso hacer esto! Y todos los domingos vamos a misa, porque es precisamente el día de la resurrección del Señor.

Por ello el domingo es tan importante para nosotros. Y con la Eucaristía sentimos precisamente esta pertenencia a la Iglesia, al Pueblo de Dios, al Cuerpo de Dios, a Jesucristo.

No acabaremos nunca de entender todo su valor y riqueza. Pidámosle, entonces, que este sacramento siga manteniendo viva su presencia en la Iglesia y que plasme nuestras comunidades en la caridad y en la comunión, según el corazón del Padre. Y esto se hace durante toda la vida, pero se comienza a hacerlo el día de la primera Comunión. Es importante que los niños se preparen bien para la primera Comunión y que cada niño la reciba, porque es el primer paso de esta pertenencia fuerte a Jesucristo, después del Bautismo y la Confirmación.

Franciscus

PAPA FRANCISCO

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 12 de febrero de 2014

En la última catequesis destacué cómo la Eucaristía nos introduce en la comunión real con Jesús y su misterio. Ahora podemos plantearnos algunas preguntas respecto a la relación entre la Eucaristía que celebramos y nuestra vida, como Iglesia y como cristianos.

¿Cómo vivimos la Eucaristía? Cuando vamos a misa el domingo, ¿cómo la vivimos?

¿Es sólo un momento de fiesta, es una tradición consolidada, es una ocasión para encontrarnos o para sentirnos bien, o es algo más?

Hay indicadores muy concretos para comprender cómo vivimos todo esto, cómo vivimos la Eucaristía; indicadores que nos dicen si vivimos bien la Eucaristía o no la vivimos tan bien. El primer indicio es nuestro modo de mirar y considerar a los demás.

En la Eucaristía Cristo vive siempre de nuevo el don de sí realizado en la Cruz.

Toda su vida es un acto de total entrega de sí por amor; por ello, a Él le gustaba estar con los discípulos y con las personas que tenía ocasión de conocer. Esto significaba para Él compartir sus deseos, sus problemas, lo que agitaba su alma y su vida. Ahora, nosotros, cuando participamos en la santa misa, nos encontramos con hombres y mujeres de todo tipo: jóvenes, ancianos, niños; pobres y acomodados; originarios del lugar y extranjeros; acompañados por familiares y solos...

¿Pero la Eucaristía que celebro, me lleva a sentirles a todos, verdaderamente, como hermanos y hermanas? ¿Hace crecer en mí la capacidad de alegrarme con quien se alegra y de llorar con quien llora? ¿Me impulsa a ir hacia los pobres, los enfermos, los marginados? ¿Me ayuda a reconocer en ellos el rostro de Jesús?

Todos nosotros vamos a misa porque amamos a Jesús y queremos compartir, en la Eucaristía, su pasión y su resurrección. ¿Pero amamos, como quiere Jesús, a aquellos hermanos y hermanas más necesitados?

Por ejemplo, en Roma en estos días hemos visto muchos malestares sociales o por la lluvia, que causó numerosos daños en barrios enteros, o por la falta de trabajo, consecuencia de la crisis económica en todo el mundo.

Me pregunto, y cada uno de nosotros se pregunte: Yo, que voy a misa, ¿cómo vivo esto? ¿Me preocupo por ayudar, acercarme, rezar por quienes tienen este problema? ¿O bien, soy un poco indiferente? ¿O tal vez me preocupo de murmurar: Has visto cómo está vestida aquella, o cómo está vestido aquel? A veces se hace esto después de la misa, y no se debe hacer. Debemos preocuparnos de nuestros hermanos y de nuestras hermanas que pasan necesidad por una enfermedad, por un problema.

Hoy, nos hará bien pensar en estos hermanos y hermanas nuestros que tienen estos problemas aquí en Roma: problemas por la tragedia provocada por la lluvia y problemas sociales y del trabajo. Pidamos a Jesús, a quien recibimos en la Eucaristía, que nos ayude a ayudarles.

Un segundo indicio, muy importante, es la gracia de sentirse perdonados y dispuestos a perdonar. A veces alguien pregunta: «¿Por qué se debe ir a la iglesia, si quien participa habitualmente en la santa misa es pecador como los demás?». ¡Cuántas veces lo hemos escuchado! En realidad, quien celebra la Eucaristía no lo hace porque se considera o quiere aparentar ser mejor que los demás, sino precisamente porque se reconoce siempre necesitado de ser

acogido y regenerado por la misericordia de Dios, hecha carne en Jesucristo. Si cada uno de nosotros no se siente necesitado de la misericordia de Dios, no se siente pecador, es mejor que no vaya a misa. Nosotros vamos a misa porque somos pecadores y queremos recibir el perdón de Dios, participar en la redención de Jesús, en su perdón. El «yo confieso» que decimos al inicio no es un «pro forma», es un auténtico acto de penitencia. Yo soy pecador y lo confieso, así empieza la misa. No debemos olvidar nunca que la Última Cena de Jesús tuvo lugar «en la noche en que iba a ser entregado» (1 Cor 11, 23). En ese pan y en ese vino que ofrecemos y en torno a los cuales nos reunimos se renueva cada vez el don del cuerpo y de la sangre de Cristo para la remisión de nuestros pecados. Debemos ir a misa humildemente, como pecadores, y el Señor nos reconcilia.

Un último indicio precioso nos ofrece la relación entre la celebración eucarística y la vida de nuestras comunidades cristianas. Es necesario tener siempre presente que la Eucaristía no es algo que hacemos nosotros; no es una conmemoración nuestra de lo que Jesús dijo e hizo. No. Es precisamente una acción de Cristo. Es Cristo quien actúa allí, que está en el altar. Es un don de Cristo, quien se hace presente y nos reúne en torno a sí, para nutrirnos con su Palabra y su vida. Esto significa que la misión y la identidad misma de la Iglesia brotan de allí, de la Eucaristía, y allí siempre toman forma. Una celebración puede resultar incluso impecable desde el punto de vista exterior, bellísima, pero si no nos conduce al encuentro con Jesucristo, corre el riesgo de no traer ningún sustento a nuestro corazón y a nuestra vida. A través de la Eucaristía, en cambio, Cristo quiere entrar en nuestra existencia e impregnarla con su gracia, de tal modo que en cada comunidad cristiana exista esta coherencia entre liturgia y vida.

El corazón se llena de confianza y esperanza pensando en las palabras de Jesús citadas en el Evangelio: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día» (Jn 6, 54). Vivamos la Eucaristía con espíritu de fe, de oración, de perdón, de penitencia, de alegría comunitaria, de atención hacia los necesitados y hacia las necesidades de tantos hermanos y hermanas, con la certeza de que el Señor cumplirá lo que nos ha prometido: la vida eterna. Que así sea.

Franciscus



INSCRIPCIONES E INFORMACIÓN:

vic_egan@archivalencia.org

evangelizacionvalencia.org

96 315 58 80

“La Eucaristía se sitúa en el corazón de la «iniciación cristiana», juntamente con el Bautismo y la Confirmación, y constituye la fuente de la vida misma de la Iglesia. De este sacramento del amor, en efecto, brota todo auténtico camino de fe, de comunión y de testimonio”.

Papa Francisco



ARZOBISPADO DE VALENCIA
Vicaría para la Evangelización y Transmisión de la Fe
Delegación Episcopal de Iniciación Cristiana y Catequesis
Delegación Episcopal de Liturgia